



# HISTORIA

## de una mujer sin nombre

Mini-Novela para TECNOIMAGINARIOS  
(Deusto Tech y Conexiones Improbables)

\*Apoyada en historias de vida y entrevistas realizadas a 25 ingenieras e ingenieros.

Autora: Remedios Zafra

30 de enero de 2012

\*Las imágenes que ilustran esta obra corresponden a la acción de Intimidación Romero  
(un nombre sin rostro a quién agradecemos que ponga imagen a una persona sin nombre)  
[www.facebook.com/intimidadromero](http://www.facebook.com/intimidadromero)

# HISTORIA

## de una mujer sin nombre

### MINI-NOVELA para TECNOIMAGINARIOS

Este texto ha sido realizado por Remedios Zafra en 2011 como parte de las actividades desarrolladas en el proyecto "her techno hobby/her techno job", iniciativa en colaboración con **DeustoTech, Facultad de Ingeniería de Deusto y Conexiones Improbables.**

La ficción "Historia de una mujer sin nombre" está construida a partir de anécdotas, similitudes y escenas de las historias de vida y entrevistas realizadas por la autora a veinticinco ingenieras/os y estudiantes de ingeniería a partir de sus recuerdos sobre juegos, aficiones y decisiones relacionadas con la ingeniería. A todxs ellxs, muchísimas gracias.

#### Licencia Creative Commons

Es posible citar y utilizar el contenido de esta obra siempre y cuando no se realice un uso comercial del contenido, así como se señale y reconozca la autoría de la misma y la fuente de la que se extrae.

### CRÉDITOS

Autora: **Remedios Zafra** ([www.remedioszafra.net](http://www.remedioszafra.net))

Colaboran: DeustoTech y Conexiones Improbables.



Las IMÁGENES de esta obra corresponden a la acción de **Intimidación Romero**, ([www.facebook.com/intimidacionromero](http://www.facebook.com/intimidacionromero)), "un nombre sin rostro" a quién agradecemos que ponga imagen a "una persona sin nombre".

30 de enero de 2012

*A las “ingenierías posibles”, imaginadas en ese momento de duda de quienes las abandonamos, en ese momento de duda de quienes quisimos ser ingenieras.*

*En cuanto al problema de la ficción, es para mí un problema muy importante; me doy cuenta de que no he escrito más que ficciones. No quiero, sin embargo, decir que esté fuera de verdad. Me parece que existe la posibilidad de hacer funcionar la ficción en la verdad; de inducir efectos de verdad con un discurso de ficción, y hacer del tal suerte que el discurso de verdad suscite, "fabrique" algo que no existe todavía, es decir, "ficcione". Se "ficciona" historia a partir de una realidad política que la hace verdadera, se "ficciona" una política que no existe todavía a partir de una realidad histórica.*

Michel Foucault

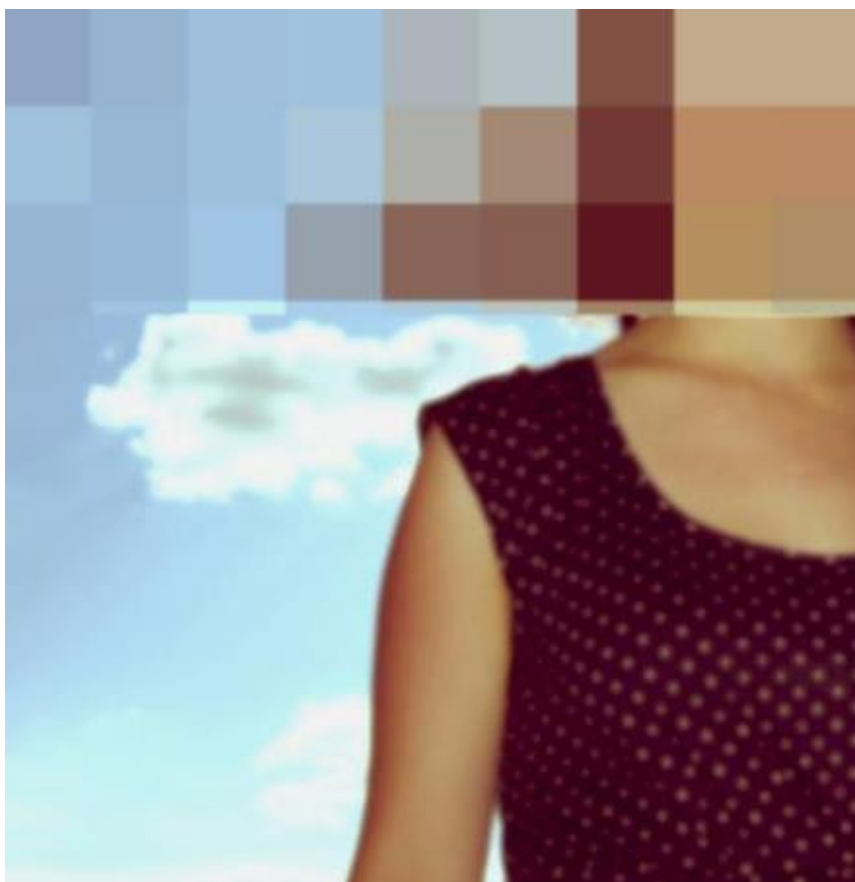
Año **2050**. Una ingeniera de Bilbao acaba de obtener el Premio Nobel.

Semanas más tarde, la ingeniera recibe un email del rector de una prestigiosa y conocida universidad. En este mensaje, le comunica el deseo del claustro de poner su nombre a un nuevo Instituto de investigación que inaugurarán en breve. Se trata del **Instituto de Tecnología y Futuro**

---

Tras el epígrafe del nuevo centro han dejado un espacio vacío para simular dónde iría el nombre de la mujer... Pero, pasa que la ingeniera es una “mujer sin nombre”.

**Esta es su historia:**



*El problema de las mujeres ha sido “el problema que no ha tenido nombre”. La cuestión es precisamente “nombrarlo”.*

Betty Friedan

## *Capítulo - email 1*

**Poseer un nombre**

Quien más, quien menos, mis hermanos y amigos tenían claro cómo se llamaban, a quién parecerse, pero desde que alcanzo a recordar yo siempre he sido una persona sin nombre. Literalmente: una persona sin nombre.

A simple vista, que yo no tuviera nombre sólo se advertía en el color de mi piel, algo más agrisado, como dos tonos de luminosidad menos que la gente que sí tiene nombre. Sigue siendo la mía una piel demasiado imprecisa, como si poseyera la indeterminación del movimiento. Como efecto, desde siempre ha parecido que mi carne no tiene un límite claro, que una suerte de esfumato recorre mi cuerpo difuminándolo entre las paredes de la casa o entre las casas de la calle. Esa era la razón por la que mamá me enseñó a elegir, no siempre con éxito, los colores más llamativos para mi ropa, queriendo evitar que quedara camuflada entre las cortinas del salón o que me perdieran de vista cuando nos llevaban de excursión al parque de Doña Casilda.

Ya entonces todos a mi alrededor fingían tratar con relativa normalidad que yo no tuviera nombre. Sí, sabían que esto pasaba alguna vez, aunque pasara muy raramente y que, por mucho que se empeñara la gente, cualquier nombre o apellido que se nos pusiera a las personas afectadas, se escurría irremisiblemente hasta las plantas de los pies y de ahí al suelo, como líquido sobre cristal. Eso es lo que siempre había pasado, lo que marcaba el sentido común de la experiencia con las personas sin nombre.

La experiencia, sin embargo, no evitó que surgieran nuevas explicaciones sobre por qué yo no tenía nombre y casi todo el mundo sí. Primero fueron los médicos, luego los libros, más tarde alguna noticia periódica en la prensa los días mundiales dedicados a las cosas que no se resuelven fácilmente, y todavía hoy, personas que me voy encontrando en Internet. Mis padres las fueron recopilando y me las fueron contando, enmendando cada cierto tiempo la explicación anterior y sustituyendo a las historias que habitualmente se cuentan a los niños antes de dormir.

Al principio hablaban de enfermedades y buscaban respuestas allí donde la medicina siempre indaga: en el déficit de alguna sustancia, en la fuga o pérdida de algo importante para ser uno mismo (“uno mismo”: *dícese de una persona con el número esperado de dedos, piernas, ojos, riñones, brazos, glóbulos rojos y blancos; una persona que en el conjunto de sus miembros, órganos y conciencia responde al*

*nombre que otros eligen para ella).*

Con los años empezaron a hablarme de patologías relacionadas con las palabras, las historias y el pasado, con la imposibilidad de algunas personas para encajar en los nombres existentes y de los nombres existentes para encajar en estas personas. Así, las distintas explicaciones convertidas en relatos requerían de mí un fuerte empeño por vivir, no sucumbir a las posibles consecuencias del rechazo a los nombres.

La escena con la que me atemorizaban era mi imagen difuminada del todo, una suerte de fantasma interior que amenazaba con sustituirme; o mi cuerpo tan pequeño como una lenteja corriendo el riesgo de desaparecer o en el mejor de los casos no llegar a ser vista y, así, tener ya una razón objetiva para no ser nombrada. Había entonces que luchar por existir y ser eso tan borroso e importante para el ser humano como “uno mismo” (en redundante versión propia: *dícese de una persona que en el conjunto de sus miembros, órganos y conciencia responde al nombre que otros eligen para ella y decide, o no, apropiárselo*).

La secuencia previsible de los días animó a que pronto mi familia decidiera vivirlo como si fuera algo a lo que habituarse, algo que no hay que curar. Y esto hicieron. Mientras yo, desde aquellas conversaciones que, como efecto de esta rareza y de la vulnerabilidad que le presuponían a mi cuerpo, mantenían mis padres sobre lo efímero de la vida, descubrí que el tiempo era limitado y que era también lo más importante. Por eso y porque desde que alcanzo a recordar me encanta vivir, he vivido pensando en mi vida y he ido aplazando ese requerimiento humano de tener un nombre. ¿Acaso no es el nombre algo que casi siempre usan los otros, que esa es una tarea que asumen los demás, quienes nos nombran, y que para con uno mismo rara vez tienes que decirte algo en voz alta?

A lo largo de mi vida siempre he escuchado que un nombre limita pero también arropa y sostiene, por la cercanía de quienes están en esa misma orilla, en ese grupo de los nombres que da el pasado y la tradición; ese grupo de nombres que te genera una expectativa y casi siempre una vereda algo más hollada para tu futuro (*...será enfermera, será maestra...*). A menudo he escuchado que frente a estas expectativas que generan los nombres, quienes se salen de la vereda, transitan sin apenas referencias por desiertos sin camino o por confusos, barrocos y tupidos mundos cargados de ellas. En ambos casos el resultado es el mismo: parece fácil perderse (*...disculpe, ¿dónde el desvío para ser una “prestigiosa ingeniera”?, ¿puede indicarme, si siendo mujer por aquí se va a “ser astronauta”...?, ¿dónde tengo que girar para poder crear el futuro feisbuk?*). Debo decirle que en mi vida como ingeniera no me ha asustado perderme.

No crea sin embargo que he cedido complaciente a lo que todos han considerado una imposibilidad, sé que sin nombre nada quedará de mí. Simplemente lo he ido posponiendo y aguardaba una ocasión propicia para hacer un intento que venga de mi propia voluntad. No me he decidido hasta hoy porque he andado ocupada viviendo y enlazando días y horas. Teniendo el empuje de su petición, creo que ha llegado el momento de probar.

A mis setenta y siete años, mis símbolos y ropajes son ya tumores que me acompañan y si hoy no logran limitar -nunca lo harán del todo- lo que soy, si me envalentonan a intentarlo: “ponerme un nombre”, yo misma, ese nombre que acaso logre titular mi vida y que consienta quedarse conmigo, o en mi lugar cuando yo no esté. ¿Por qué no? Su mensaje me anima a ello. No crea que la oportunidad estaba dormida en mi silla, andaba esperando el impulso, la excusa para conectar algunos puntos de mi pasado y descubrir la palabra elegida. Es además lo que usted, señor rector, me reclama en su email: un nombre, mi nombre, con el que dice querer bautizar su proyecto, ese nuevo instituto de investigación sobre tecnología y futuro.

**Instituto Internacional de Tecnología y Futuro**\_\_\_\_\_

**Nazioarteko Teknologia eta Etorkizuna Institutua**\_\_\_\_\_

**International Institute of Technology and Future** \_\_\_\_\_

Créame que agradezco el reconocimiento que usted y la universidad quieren hacerme con ese homenaje. Me emociona comprobar cómo han dejado el hueco para escribir las palabras que de mí esperan, pero le pido algo más de tiempo para pensar cómo voy a llamarme y poder darle ese nombre que me pide. Confío en que con lo ya vivido encuentre las palabras necesarias en poco tiempo. Le haré partícipe de mi búsqueda. Me pongo con ello en este preciso instante.



*Tu pasado no es tu potencial. En cualquier momento puedes liberar tu futuro. Marilyn Ferguson.*

## *Capítulo - email 2*

**primeros recuerdos de una niña sin nombre**

No negaré que al principio no tener nombre enredaba algo más el día a día familiar. Las personas con las que compartes la casa no saben muy bien cómo llamarte y terminan por no hacerlo para no complicarse la vida. Sobrevivir es algo que aprendes y no exige ninguna épica, se lo aseguro. Estás a la hora de las comidas y a la hora del colegio. Después tienes casi todo el tiempo disponible para jugar.

Cuando te cuentan cuentos o tú los ves en la tele, en Internet o en los libros, empiezas a vislumbrar algunas razones que nadie te ha dado pero que te ayudan a entender realmente por qué no puedes tener nombre. Y es que apenas encuentras personas a las que decidir parecete y copiarles el nombre. Cuando te regalaban enciclopedias, diccionarios y libros de personajes cuyos nombres han trascendido en la ciencia, en la historia, en el arte... siempre te quedabas con la duda de si te faltaban justo aquellos en los que salían las personas que querías ser y que te habrían hecho más ilusión: esa científica, esa ingeniera, esa inventora, esa artista... Le aseguro que busqué con empeño pero mirando en los tomos de mi enciclopedia casi nada encontré.

Es cierto que mis padres eran dados a regalar los libros de uno en uno y que completar las colecciones no era su fuerte. De manera que en casa podíamos tener enciclopedias que iban de la “E” a la “O” y de la “U” a la “Z”. Quedando siempre la duda de si, por alguna extraña razón alfanumérica, las personas que esperabas encontrar sólo estaban en los tomos que nunca llegabas a tener (justo de la “A” a la “D” y de la “P” a la “T”). Es verdad que como niña, tenía numerosos referentes cercanos en muchas mujeres admirables que veía a mi alrededor, pero a ver si usted puede explicarme por qué sobre ellas nadie hablaba en las historias y en los libros que formaban parte de las enciclopedias, por qué en voz baja todos admiraban su dedicación y entrega a los demás... cosiendo ese vestido, haciendo esa comida, alimentando a ese niño, cuidando a ese anciano, para después denostar ese trabajo o, en el mejor de los casos, eclipsarlo, como si se hubiera hecho solo y nada hubiera tenido que ver con las historias narradas en las enciclopedias. Cabía entonces la explicación de que las mujeres que yo buscaba sólo hubieran podido dedicarse a estos trabajos que no salían en los libros que yo tenía y que, seguramente, ellas tampoco habían podido escribirlos. Eso, o bien que al igual que me pasaba a mí, ninguna de ellas tenía nombre y claro está, sin palabra que nombrar, a ver cómo podían después contar su historia. Por una u otra razón, todo hacía reforzar que como no tenía a quien

parecerme no podía tener nombre, aunque igualmente como no tenía nombre no tenía a quién parecerme.

En mi día a día he de reconocer que este condicionante de ser una sin nombre fue en alguna ocasión molesto, pero creo yo que era más difícil para los que en algún momento querían nombrarme y, al intentarlo, se les hacía una pelota lengua con boca, como cuando quieres comunicarte en otro idioma que apenas conoces y no sabes qué decir, cómo decir.

No he olvidado aún el profundo dolor de cabeza que esto le causaba al señor Aguirre, secretario del colegio, cuando cada año mis padres se presentaban en su despacho para matricularme en el nuevo curso. La primera cuestión a tener en cuenta, es que las personas sin nombre lo éramos a todos los efectos de nombre y apellidos y esto era asumido con resignación por los tecnócratas, que aceptaban que sólo podíamos ser un “espacio en blanco” en una página impresa o en una aplicación informática. Una vez delimitado el espacio en blanco, igual de probable era aparecer la primera que la última en la lista. De forma que cada año era un volver a empezar. Eso sí, la lógica de la máquina nunca repitió aquella primera e incómoda ubicación de mi estreno en el colegio, por la que fui incluida fragmentando la secuencia de los nombres de mis compañeros, justamente rompiendo el vínculo entre Marcial \_\_\_\_\_ Zunzunegui, que lloraba desconsolado por aquella fractura entre su nombre y su primer apellido. De haber tenido el error una imagen gráfica, me imagino formando parte de una extraña criatura con el bueno de Marcial o sacando la cabeza por su codo o su rodilla.

Poco tardó el señor Aguirre en asignar un valor de renglón a mi espacio vacío, de forma que desde entonces la máquina optaba por insertarlo al comienzo o al final de la lista, sin causar daños colaterales a mis compañeros de clase. Pasaba entonces que igual podía ser la primera que la última en la lista y en consecuencia, serlo también en el orden de las preguntas de clase, en las filas de mesas, y en las manos que debía coger cuando nos llevaban de excursión. Así fue como mis compañeros Alex Arroyo y Zuriñe Zuckenberg fueron desde pequeños mis manos amigas.

He de insistir en que yo procuraba no dar mucho trabajo a la gente que me conocía y apenas interactuaba con ellos. Tenga en cuenta que si querían comunicarse conmigo estaban obligados a la mímica de brazos, gestos y sonidos que llamaran mi atención o a entrenarse en el arte de la descripción instantánea: ¡eh tú, la de la camiseta a rayas, la de los ojos grandes, la morena,

la que mira hacia abajo, la de las gafas, la difuminada, la callada, la que va al final, la del principio! Sí, todo esto fue cambiando cuando empezaron a conocerme, entonces tenían la opción de apodarme según la ocasión reclamara, siempre y cuando el nombre no resbalara y terminara en el suelo, cosa habitual cuando lo usaban demasiado a menudo. Véase: la empollona en la clase, la rara entre los amigos, la pequeña en la casa, la sin nombre en la calle; y ya de mayor: la ingeniera, la inventora o la artista según el caso. Y así he ido tirando, incluso cuando muchos de estos apodosos no eran merecidos ni exactos y cuando, en todo caso, su diversidad acentuaba los síntomas de una persona sin nombre. Hasta donde alcanzo a entender, diseminarse en un gran número de nombres efímeros es también una forma de no tener nombre, una forma de desaparecer.

No quiero sin embargo que piense que estas historias pudieron hacerme sufrir cuando era niña. Nada más lejos. Cuando no tienes nombre nadie espera nada de ti y habitualmente evitan llamarte a gritos para pedirte cosas o regañarte. Difícilmente se encuentran las palabras que resuman y describan al mismo tiempo en un momento de urgencia. Además, por lo general, mis padres sólo regañaban a mis hermanos y hermanas que, entre otras cosas, para eso tenían nombre. Y, aunque alguna vez (intentando, sin éxito, que me echaran cuenta) me crucé en sus huidas hacia la habitación de los juguetes, donde se encerraban trancando la puerta, pronto me habitué a estar ya dentro cuando ellos llegaban, a jugar y observar desde ese cuarto. Fíjese además que los sin nombre, cuando dejamos de ponernos ropa de colores llamativos y optamos por los grises, blancos y negros, podemos camuflarnos con facilidad y entonces estar en los sitios sin que la gente repare en nosotros; y desde los rincones y contornos de las habitaciones y espacios podemos observar cómo los demás hacen las cosas, cómo entran y salen, cómo eligen objetos, cómo ordenan sus listas, cómo van cambiando y construyendo sus vidas. Observar, recordar y modificar. Apunte usted, por favor, que ahí habría algo de ese nombre que buscamos.



*How can we know the dancer from the dance?*  
William B. Yeats

### *Capítulo -email 3*

**Jugar sin nombre o ¿cómo diferenciar a quien juega del juego?**

*M*e resulta difícil describir la extrañeza que me producían que muchos de los juguetes regalados a mis hermanos Lehen, Arratz, Edurne y Arkaitz parecieran venir de dos mundos diferentes, casi diría de planetas distintos. De un lado, princesas y muñecos de rostros contenidos que imitaban a sobrealimentados niños pequeños de distintos tamaños, ahogados en trajes rosas, blancos y de distintas gamas pastel, con todo tipo de complementos para cuidarles. De otro, coches, espadas y muñecos de colores no pastel, formas más rectas y que representaban personajes de ficción; muñecos a los que no había que cuidar porque aparentaban ser autónomos, a los que no había que alimentar, ni lavar, porque aun siendo de plástico como los otros, con ellos jugabas, no te entrenabas para ser madre ni esposa. Al principio, mis hermanas cogían unos y otros, pero como casi siempre copiaban las cosas que mamá (que nos cuidaba) hacía y casi siempre les regalaban muñecos amolletados en tonos pastel o sus complementos, se rodeaban de ellos defendiendo esa primera palabra grabada a fuego en un niño: “mío”. Mis hermanos, sin embargo, conforme íbamos creciendo, huían de los colores pastel como si fueran a caer envenenados si los tocaban. Cada grupo de juguetes en su correspondiente estante parecían sentenciar dos mundos ya distintos para quienes tenían la (des)dicha de crecer con nombre, como si esos juguetes les enseñaran a ser sólo dos tipos de personas posibles frente al hipócrita mensaje que rezaba como lema del colegio: “podéis ser lo que queráis ser”.

Yo tuve mucha suerte, lo confieso. Como no tenía nombre ni prescripción hacia unos u otros, reconozco sin ningún pudor que manipulé todos los juguetes que quise y que no hice ascos a ninguno fuera cual fuera su composición cromática. Recuerdo aquello con mezcla de curiosidad y temor por lo que podía hacerme ese juguete y por lo que podía hacerle yo, dónde estaban sus límites y dónde los míos. No me resistía a comprobar qué se escondía debajo y dentro de los muñecos, de qué estaban hechos los superhéroes y los coches de plástico, qué se siente cuidando y alimentando a un muñeco y qué lanzándolo en un cohete por la ventana. Todo cacharro para jugar era susceptible de ser jugado y, si me apura, preguntado. Esa era la cuestión, la pregunta: ¿Qué puede ser? ¿cómo funciona?, ¿qué hay adentro? Pienso ahora que de haber querido elegir un nombre en aquella época sería esa combinación de deseo, curiosidad y miedo.

No piense, sin embargo, que combinar en la misma escena los juguetes de mis hermanos con nombre y los artefactos resultantes del frecuente cambio de ruedas y brazos, extracción de piezas y engarce de nuevas, lograban que

mis hermanos interactuaran conmigo. Si acaso, conseguía su perplejidad por las mezclas resultantes y, porque como yo no tenía nombre, les incomodaba no tener claro cuál de los juguetes viejos de cada uno de los estantes debían compartir conmigo.

En ocasiones, mi relación con alguno de mis hermanos fue incluso tensa, pues aunque yo era la pequeña no me achicaba cuando veía a Arkaitz y Lehen correr hacia sus bicicletas, mientras Edurne y Arratz hacían sus camas. No recuerdo exactamente como acontecía la escena que le cuento ni las palabras, de haberlas, que empleaba, pero sí que me interponía en su camino para impedirles que salieran hasta que las camas de todos estuvieran hechas por quienes habían dormido en ellas.

Es extraño como estas imágenes se solapan y mezclan con los momentos de juego que llenan los años posteriores. De ellos guardo con especial cariño las imágenes de mis primeros veranos en la habitación compartida con mis hermanos, rodeados de puzzles primero y legos y mecanos más tarde. Necesito repetir estas palabras: puzzles, legos y mecanos, porque ahora pienso que en ellas también se esconde algo de mi posible nombre, una señal de lo que después he ido haciendo y, de lo que con el tiempo he ido siendo.

Los puzzles llegaron primero, cuando mi vida como persona sin nombre era aún muy introvertida. A veces, extrañamente, la casa se quedaba en silencio. No es que mis padres mandaran a mis hermanos al parque, o que todos durmieran la siesta o que cayeran fulminados al unísono por el cansancio de la tarde, era como si cada cierto tiempo la casa les venciera y lograra descansar del alboroto de los juegos infantiles, como si cada uno de sus habitantes anduviera en cosas tranquilas. Cuando esto pasaba yo entraba en aquel cuarto y me encerraba dentro dejando abierta la ventana que da a un pequeño jardín, más patio que jardín, acercando el monte Artxanda del otro lado, el aire fresco que de allí venía. Era entonces cuando vaciaba un enorme cajón donde había decenas de puzzles de todos los tamaños. Cubría el suelo con las piezas amontonadas para seleccionarlas después e ir encajándolas en su lugar.

Las había evidentes, casi obscenas, un delito para la inteligencia de un niño. Otras sin embargo engañaban en sus formas, levemente diferentes y tan parecidas querían confundir, y me indignaba duramente si lograban engañarme más de una vez. Las había del mismo color, sobre todo esos minúsculos fragmentos del cielo azul de los fondos, apenas diferenciados por un tono de claridad, acaso dos, como la piel de una sin nombre respecto a las personas que sí lo tienen. Las había tridimensionales, grandes y tan pequeñas como un insecto. Pero todas ellas tenían un único lugar válido que había que

encontrar para terminar el puzzle y lograr una imagen, un sentido predeterminado por un modelo.

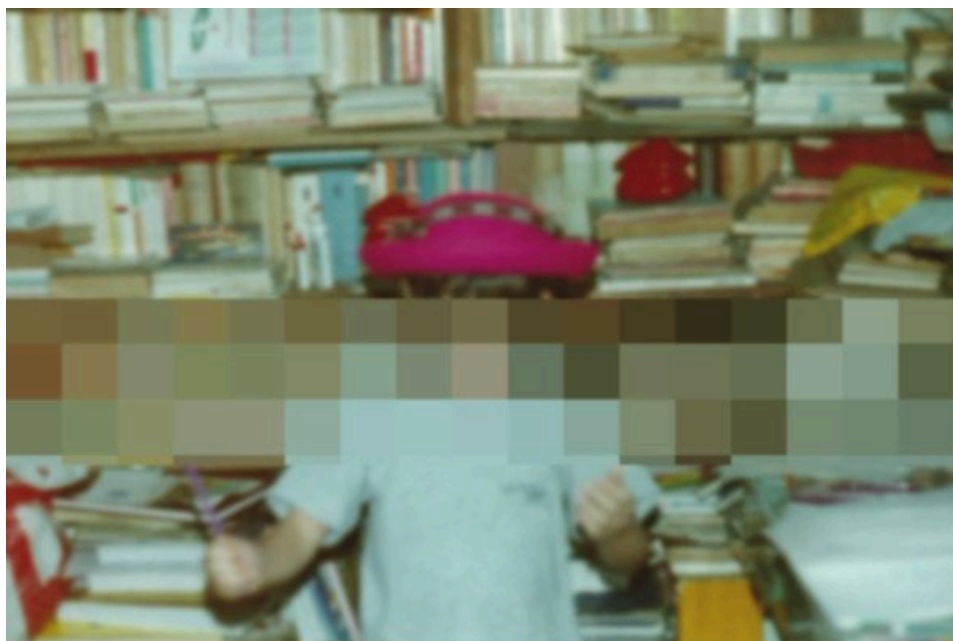
Paisajes, figuras, personajes... me parece verlo: ejecutas la recomposición de esos fragmentos lentamente sin que nadie repare en ti, concentrada en un resultado final. Pero llega un día en que te obsesionas con “el resultado levemente distinto que hay en tu cabeza”, con una variante posible de ese puzzle que has culminado decenas de veces, y maldices la exigencia de un único lugar válido para esa pequeña pieza obligada a ser ese milímetro de nube, acogida por las otras piezas, pero sentenciada. Sientes entonces una pena incontenible pensando que la pieza se ha dado cuenta como tú de esa condena y comienzas a llevarla como fetiche en el bolsillo, a enseñarle lo que se ve por la ventana, a ponerla sobre las hojas, esperando encontrar para ella otros destinos posibles, otros lugares de tránsito e invalidando el puzzle para el resto de la familia, que se pregunta dónde estará esa maldita y minúscula pieza, mientras tú te rascas el bolsillo y con él a tu pieza liberada.

Y al volver un día la vista a los puzzles piensas cómo sería si el resultado no estuviera prefijado, si cada vez pudieras hacer una composición distinta. E irremisiblemente un buen día te encuentras frente a los juegos de construcción, dejándote sorprender por la infinita combinación de nuevas formas y funciones; probando y probando para construir primero y nombrar después.

Obsesivo era encontrar la lógica implícita en las piezas. Porque en cierta medida esa lógica estaba escondida en todas las relaciones e intercambios que yo veía, en casi todos los juguetes que llegaban a mis manos y, cada vez más, en lo que observaba en las formas de relacionarse las personas con nombre. Eso pensaba yo cuando heredé de Edurne una pequeña tienda de ultramarinos de juguete.

Recuerdo que aquella tienda estaba casi intacta y contaba con sus tomates y pimientos de plástico, sus cajas vacías de arroz, sus cestas y estantes, su balanza, e incluso sus monedas y billetes. Cuando la vi frente a mí, lo primero que vino a mi mente fue una muñeca astronauta, o que a mí me lo parecía, que días antes había descubierto en el escaparate de la tienda de Antxon, una muñeca que veía todas las tardes cuando papá nos llevaba al parque. Y pensé en esa muñeca al ver la tienda de juguete con su dinero y sus cosas que comprar porque: ¿Quién quiere comprar tomates huecos estando allí esa muñeca? Fue así que una tarde me encontré frente al mostrador de Antxon, alzada de puntillas y poniendo encima el dinero de mi tienda de juguete (dos

billetes y algunas monedas doradas). Fue así que señalé con el dedo la muñeca que quería. A lo que Antxon, sonriendo, negó con la cabeza mientras hacía una mueca de resignación sincronizando hombros y boca: *-Ese dinero no vale. Es de plástico.-* Me dijo. Y yo, atónita, le respondí *-Es que la muñeca que yo quiero también es de plástico-* Pero él reiteró su mueca y se puso a atender a otro cliente. Y allí se quedó la muñeca, viendo como Antxon cambiaba otras monedas y billetes más estropeados que los míos y que no eran de plástico, por juguetes que sí lo eran. Fue la primera vez que intenté aplicar públicamente un pensamiento lógico y me topé con otro que aún no dominaba. Reconozco que todavía hoy cuando en la “*Escuela de Estudios Posibles*” hablamos sobre formas de intercambio en la red y pago por nuestro trabajo, intento comprender la relación entre ambos y algo me imposibilita entender. Aún creo que el dinero tiene algo de las mariposas con las alas frotadas y transparentes, le falta alma.



Podría jurar que fue un mes de otoño cuando Alex y Zuriñe, los amigos que el azar había puesto mano con mano a la mía y principio y final de la lista, comenzaron a frecuentar la casa. Sí, era otoño, porque mamá quitó de mi armario los jerseys y pantalones de colores ocre y marrón heredados de mis hermanos, percatada ya como estaba de mi tendencia al camuflaje. Digo mamá, porque, al igual que mis hermanos huían de los colores pastel, extrañamente papá apenas tomaba partido en lo que tuviera que ver con cuidarnos y ayudarnos a gestionar nuestras cosas. Al menos esto hizo durante mucho tiempo, hasta que mamá comenzó a trabajar también fuera de casa y él se quedó sin trabajo. Entonces las cosas cambiaron. Disculpará que me detenga en estos detalles pero juraría que no es simple coyuntura y que el nombre que buscamos tiene mucho que ver con esto que le cuento.

Pero yo, sin embargo, le estaba hablando de Alex y Zuriñe. Y quería decirle que, como mucho, debíamos sacar medio palmo a la altura del picaporte de la puerta, cuando empezamos a jugar a construir cosas juntos. Nunca conoces exactamente el plazo que tienes para terminar las cosas, porque realmente nunca sabes qué va a salir de aquella montaña de trozos sin nombre ni destino fijo, qué va a devenir lo que comenzó siendo una suma de fragmentos aleatoria. Decenas de horas a la semana y no menos empeño infantil, daban

como resultado artefactos que respondían a interrogantes cruciales para niños de ocho años. No en vano un objeto siempre responde a una pregunta, aunque las preguntas a veces sean posteriores al objeto y surjan de su analogía forzada con el mundo. Las nuestras a esa edad eran del tipo: *Si un alacrán gigante o un dinosaurio extraviado nos quisieran atacar, ¿cómo escaparíamos?* Fue la razón por la que construimos con piezas ajustables aquella inestable maqueta formada por un trampolín y una rampa móvil para huir de esa hipotética e improbable amenaza; o aquel robot vigía: un conjunto de piezas articulado como un robot antropomórfico hecho de objetos engarzados (cajas, comida, ruedas, plastilina y tenedor). Tan inestable que sólo con abrir la puerta se venía abajo

Entre las muchas preguntas que originaban nuestros ensamblajes y monstruos, en mis construcciones en solitario siempre me entrenaba en una: *¿cómo recordar?* Y es que las personas sin nombre no destacamos por tener mucha memoria, aunque hacemos grandes esfuerzos por superar esta limitación. Valorará usted este ejercicio retrospectivo que desde hace días compartimos como prueba de mi modesto pero activo afán de superación.

Puede que sea la falta de entrenamiento por la frustración derivada de mis enciclopedias de historia, ya sabe, por su forma de mirar y seleccionar el pasado; o puede simplemente que sea una más de mis limitaciones, que no deba excusarme bellamente para adornar una tara, una incapacidad. Pero de una u otra manera, esta dificultad ha sido un importante acicate en mi vida. La dificultad proporciona razones para el empeño y te obliga a buscar soluciones, es ya un desafío. Por eso adoro las listas, los números, los trucos, las reglas mnemotécnicas, los conjuntos y las categorías de organización, y por eso de niña mis aparatos y ensamblajes, casi siempre tenían que ver con la memoria. Algo parecido debía ocurrirles a Alex y a Zuriñe con las cosas que a ellos les preocupaban. No es raro que en tanto lo hacían, encontráramos en nuestras limitaciones nuestros mayores estímulos.

Desde que recuerdo nuestros juegos compartidos, Alex, Zuriñe y yo competíamos queriendo construir el objeto más extraño pero eficaz en su propósito. A cada uno nos frustraba comprobar el parecido que podía tener lo que hacíamos y nos empeñábamos en diferenciarlo, diferenciándonos, haciendo cada vez algo distinto, algo nuevo, algo que respondiera a una pregunta más afinada. Había detrás cierta obsesión primera por inspirarnos en cosas del mundo y modificarlas después, un afán por mirar de forma diferente, por llegar a entender, por imaginar. No oculto mi soberbia infantil si tanto esfuerzo con el ensamblaje daba como resultado un objeto que ellos

ya habían hecho o que ya existía en el mundo. Supongo que ahí también estaba buscando mi nombre.

Fue un punto sin retorno aquel día en que nos encontramos un límite. Todo lo que alcanzábamos a construir servía para transportar, mover, bloquear, pero hasta un mando de televisión, tan pequeño y básico, podía lograr superar la distancia sin exigencias mecánicas y apagar o encender sin contacto físico, on/off, traer imágenes y sonidos a una pantalla. Eso sí que tenía mérito, aunque por aquel entonces sólo Zuriñe mantenía la duda de si algún diminutísimo ser experto en hilos invisibles y amenazado o secuestrado por la familia, obedecía a la presión de los botones encerrado en el interior del mando. Claro está que sólo podíamos convencerla viendo su funcionamiento interno y nuevamente desmontando primero para luego intentar montar.

En mi caso, la primera vez que tuve aquel pensamiento me sobraron dos piezas del mando. Después probé con un viejo aparato de radio al que dejé sin uso, pero la décima vez que lo intenté, logré que encajarán todas las piezas, y semanas más tarde que volviera a funcionar.

Quiero entender que mis padres guardaran el viejo ordenador portátil después de nuestras sesiones de juego, que no nos lo dejaran usar sin estar ellos presentes y que lo subieran al estante más alto de aquel cuarto de juegos, justo al que no llegaba ni siquiera subida en la mesa. Me refiero al que no llegaba las dos primeras veces que lo intenté, porque llegó el día en que allí subida, el maletín donde estaba ese ordenador no pudo resistirse. No crea que también lo destripé. Este fue uno de los primeros cacharros que no llegué a desmontar. Entonces sí me contuve. No lo hice porque se me hacía extraña la lógica de aquella máquina. Me perseguía la idea de que lo que veía era una máscara y que algo se me resistía detrás. No me refiero a la mecánica y la electrónica protegidas tras la carcasa que sustentaba aquel aparato, sino a una zona intermedia entre la cacharrería interna y la interfaz. No sabría llegar a describir con suficiente claridad cómo me inquietaba y fascinaba ese intuido mundo de enmedio.

A los diez años era lo que más me gustaba: indagar en lo que escondía ese limbo escondido en el ordenador; curiosear y manipular lo que no estaba a la vista. Pronto descubrí que las imágenes escondían sus instrucciones y que había pequeños recovecos que permitían llegar a ellas. Recuerdo incluso cómo en aquel tiempo modifiqué mi primer juego de ordenador. Se trataba de un juego que permitía sembrar y recolectar tu cosecha (virtual). El caso es

que me fastidiaba no poder progresar a mi ritmo y tener que esperar demasiado tiempo a que crecieran las plantas. Como todo el mundo sabe, una cosecha virtual no tiene por qué seguir los ritmos del clima real. Y yo decidí que tenía que cambiarlo, que debía intervenir en ese limbo del código que había descubierto. Por eso lo manipulé y alteré el reloj de la aplicación. No era nada complicado, cualquiera podía hacerlo. En principio sólo quería modificar el tiempo, pero ya que estaba, cambié algún otro parámetro. Ciertamente que algunas personas llaman a lo que hice “hackear”, pero yo prefiero traducir lo hecho en su secuencia: Entrar, modificar y lograr un cambio. El reto que suponía este encadenamiento era para mí algo tan placentero como la cubierta de chocolate de los pasteles de chocolate que me encantaban entonces, y tanto me siguen gustando, o como camuflarme en el parque mientras paseo. Es más, si en aquel momento hubiera elegido un nombre, probablemente habría sido: “abridoradecódigo”.

Y es que mi mundo como persona sin nombre empezaba entonces a llenarse de cosas fascinantes que me atrapaban. No había en aquellos años remordimientos ni preguntas que me hicieran dudar sobre el significado y valor de lo que hacía, la propiedad de lo inmaterial, la intervención en los programas de los otros y cosas de ese tipo. Las preguntas llegaron más tarde e inevitablemente vinieron de la mano de las lecturas y no del cacharreo. Pero entonces, los objetos me llamaban: ese ordenador, esa linterna, ese móvil, ese viejo transistor, esos objetos que unidos hacen conjuntos, esas letras y números que unidos mandan órdenes a las máquinas... Todos ellos empezaban a tener una lógica que podía dar sentido a un nuevo aparato, a una nueva función, a un nuevo nombre. Una lógica que a menudo, todavía hoy, se me vuelve obsesiva, queriendo entender lo que esconde y lo que puede, lo que podrían ser si con todo ello se conformaran nuevos objetos, nuevas aplicaciones, con sus nombres por estrenar. Y todo ello en aquel cuarto que entonces se hacía llamar de los juguetes, y que era más bien el fascinante cuarto de los cacharros, donde mis padres guardaban todo lo que ya no usaban pero no se decidían a tirar, una mezcla de almacén, garaje, dormitorio de invitados, lugar de juego, cuarto de las tareas y trastero.



Para que una mujer se dedique a la creación (...) *necesita quinientas libras anuales y una habitación propia. Virginia Woolf*

## *Capítulo - email 4*

**un nombre también es un lugar -cuarto de juegos-**

*L*evantarse cada día. Siempre me he preguntado que significará esto para la gente con nombre. Para mí, despertar es ya un regalo, tienes que esperar unos minutos sobre la cama y que vaya conformándose la piel como un holograma, confiando en que mano y pie estén en su sitio. A veces un tobillo dolorido como pegado a la sábana, el cuello que tarda en salir sufriendo la duda de que tal vez la cabeza quede hoy pegada al tronco y tú más cheposa que otros días. Es así, que las personas sin nombre nos despertamos más borrosas y deformes que la gente como usted. Mientras duermes es como si el cuerpo quisiera adoptar formas distintas y le aseguro que no siempre es agradable. Por eso despertar es ya un regalo: ponerte de pie y encontrar un afuera, un cuarto con ventana, un cielo despejado, a veces una lluvia fina y nubes que son un zapato gigante, una cabeza de elefante, jugar en la calle y en aquella habitación con ventana y repleta de cosas con y sin nombre.

Porque creo yo que un cuarto no siempre es un cuarto. A veces un cuarto es una sala de montaje, una nave espacial, una cueva, una máquina o, si me apuran, un ser sin nombre. Yo sentía que esa habitación formaba parte de la identidad con la que yo me identificaba entonces. Ser muchas cosas, eso podía ser mi cuarto de juegos. Si todas las habitaciones en la casa tenían su función: comedor, dormitorio, cocina, baño, por poner unos ejemplos, ese cuarto podía ser nombrado de distintas maneras, sin contar en lo que podía convertirse al jugar, incluso cuando fui heredando los ya viejos y cascados ordenadores, los cómics y libros de mis hermanos. Ahora pienso que si el límite de un nombre no fuera una palabra, creo que debiera alcanzar a integrar mi tiempo en ese cuarto de juego.

Pasó por aquel tiempo que, como mis hermanos también crecían y convirtieron sus habitaciones en espacios de estudio y yo compartía habitación con Edurne que, privilegios de tener nombre, se quedó con nuestro dormitorio, llegó un día en que me trasladaron a esa habitación-trastero-cuarto de juegos-garaje-taller y pusieron allí mi cama. No pudieron darme mejor noticia, a no ser porque al poco de mudarme allí, también vino a casa una señora mayor con rostro entre mustio y enfadado a la que llamábamos abuela, y que pasaba las tardes enteras sentada en silencio en esta habitación junto a la ventana. Lo cierto es que al igual que a mí, tampoco a ella la llamaban demasiado. La excusa que daba el resto de la familia es que era muy mayor para hacer cosas físicas y demasiado impertinente para implicarla en las conversaciones.

No negaré que conmigo tenía una actitud antipática y las primeras tardes me miraba con repelús. Insistía en no entender porque esa niña borrosa que era yo, no tenía nombre, que de alguna manera tenían que llamarme, que yo no podía ser como esos gatos a los que se les deja entrar y salir y no se les pone nombre porque no están del todo domesticados. Y ¿puede creerlo?, no dejaba que me acercara a ella. Incluso sacaba su pañuelo para limpiar cada cosa que yo le daba, temiendo que no tener nombre conllevara algún tipo de contagio patógeno que acelerara su decrepitud, o que alcanzaría a difuminar sus frágiles límites, como pasaba con los míos, aunque en cada caso por distintas razones.

Los primeros días sentía que había arruinado mis planes en ese cuarto y que debía dar por perdidas las horas en las que compartíamos la habitación. No fue fácil acostumbrarme a su presencia, a ese olor rancio y triste que quería evitar –sin éxito– no moviéndose, tan callada y seria siempre, tan imperceptible salvo por su silueta recortada a contraluz entre la ventana y la esquina donde le pusieron su butaca; siempre mirando hacia la luz, como si esperara que algo le permitiera escapar y salir volando.

Varias semanas tardó en comprobar que lo mío no era contagioso. Y comenzó entonces a mirarme con otros ojos. Ya no ponía esa cara que se pone ante un plato de judías blancas si no te gustan las judías blancas. Supongo que comprobó que algo más allá del vínculo de sangre nos unía. A mí no me llamaban por no tener nombre y a ella, que tenía nombre, nadie la llamaba. De manera que ambas vivíamos sin apenas interactuar en dos rincones de esa habitación: yo leyendo o frente a mi pantalla de ordenador y ella mirando una ventana que daba al patio y el patio a la montaña.

He de decir que en el tiempo compartido llegué a descubrir cosas que me fascinaron de ella. Que se negaba a pisar la cocina era una de ellas, porque afirmaba que ese es un lugar donde muchas mujeres entran y del que después no salen y ya lo hizo demasiadas veces durante demasiado tiempo y cuando pensó que podía no hacerlo, a nadie se le ocurrió darle las gracias por el trabajo dedicado. Igual, se negaba a colaborar en las cosas de casa, no porque se sintiera incapaz de hacerlo por su edad, sino por firme convencimiento de que esa era una trampa y ella la había descubierto muy tarde.

A la abuela no le gustaba pasear ni tampoco leer, pues apenas sabía hacerlo. A la abuela en los últimos años hasta venir a nuestra casa, sólo le habían gustado

los juegos de cartas que compartía con su marido, ese señor que no conocí porque vivía lejos y murió pronto.

Grande, inolvidable, fue el día en que mi abuela sacó de su bolsillo una baraja de cartas de sonido añejo y comenzó a barajarlas con habilidad de crupier. Aquello cambió el rumbo de las cosas en esa habitación partida en dos y, desde entonces, refundada como un espacio compartido. Las mantuvo en sus manos durante unos minutos, moviéndolas con una destreza impropia de una anciana. Inmediatamente visualice la increíble potencia de aquellos dedos viejos y alargados tecleando código y lamenté que no se animara. No sé si fue por su gesto o por la sorpresa que me causó aquel cambio de actitud, el caso es que no tardé en acercarle una pequeña mesa camilla a su butaca y unirme al juego.

Muchas personas creerán que un juego no puede sustituir una conversación, pero las cartas fueron un código entre mi abuela no nombrada y yo sin nombre. Las cartas encerraban números, combinaciones y cadenas de posibilidades. Y no lo aprendí en un día, ni mucho menos ganando. Mi abuela me ganaba sin compasión y tardé en mirar a aquella tahúr de igual a igual. Cuando logré hacerlo el mundo se llenó de preguntas sobre el azar y las matemáticas. De hecho, si en este momento hubiera podido ponerme un nombre, me habría puesto un número, o tal vez el nombre de algún juego: “escobadequince”, “escaleradecolor” o “fullhouse”.

¿Un nombre? Con la distancia de los años aún sigo preguntándome dónde termina y dónde empieza un nombre. Sobre esto, con la radicalidad que dan los años, la abuela sentenciaba que no tener nombre es algo malo, pero que es peor tenerlo y no ser nombrada o ser confundida con un nombre genérico, con un arquetipo. Decía que a las personas que no son nombradas les invade una progresiva sensación de miembro fantasma, como un movimiento de ida sin vuelta, donde temen estar perdiendo algo humano que les impide ser ellas mismas. Como si les faltara un tapón que contuviera el interior más vulnerable, y fueran goteando su día a día, poniendo en riesgo su cuerpo contenido y delimitado.

Para mí, no tener nombre no suponía ninguna sensación de miembro fantasma ni de esa invisibilidad a la que aludía mi abuela, lo mío era como un estar en proceso, en cambio, un ser borroso... y de afectarme algún tipo de invisibilidad era más esa invisibilidad que dan los decorados respecto a los bastidores donde se ultiman los detalles de una obra. Yo sentía que me estaba

construyendo un nombre aunque mi nombre fuera entonces un conjunto de cosas, tiempo y lugares y no una palabra. Sin embargo, me preocupaba lo que decía mi abuela. Por eso yo la nombraba constantemente y jugaba a cada rato con ella y la nombraba porque quería detener esa fuga de sí misma de la que me hablaba. Y jugaba y a cada rato la nombraba y la nombraba.

Creo que durante el tiempo de juego compartido en algo se pudo contrarrestar la fuga de parte de sí misma. Pero ya venía con grandes pérdidas. Y un día sin sol en el que creí fundirme con las paredes de mi cuarto y con la montaña enmarcada en la ventana, en uno de esos escapes debió irse algo importante para seguir siendo ella misma y nos dejó.

En aquel cuarto pensé durante mucho tiempo después de su muerte, cuánta responsabilidad tienen los que te ponen un nombre, los que se inventan los nombres, los que viven con esos nombres, los que (no) nos nombran y uno mismo. Con seguridad quienes no tenemos nombre evitamos en parte este sufrimiento a costa de no poder ser nombrados. Porque ser parcialmente dueños de esa palabra que sólo tiene sentido si es dicha, y que nadie lo haga es como un fallo del sistema, como una pérdida progresiva de conciencia que, levemente, se va apagando. Sé que no alcanzaré a describirle con exactitud lo que sentí, pero desde que mi abuela se fue, me pregunto si, además de ser nombrado, no habría otras maneras de existir para los otros, de forma que la gente no quiera irse y puedan seguir jugando a las cartas o conversando con las personas que quieren. Creo que ahí también habita la responsabilidad de un nombre, en que algo de esa persona a la que nombras debe importarte, una suerte de afecto que evidencie que esa persona y lo que esa persona significa, esa vida, la vida, te importa.



Nunca lo había dicho porque me parece un asunto delicado, especialmente hablando a un rector, pero no voy a callarlo. Puede que la palabra “matemáticas” no tenga la culpa, porque las palabras por sí solas no son únicas responsables de sus historias, sin embargo, prefiero ponerla sobre la mesa, así, de entrada: matemáticas.

¿Sabe usted lo que siente un niño cuando escucha esta palabra?, ¿recuerda usted el tono con que la pronunciaban sus padres o usted mismo para comparar el grado de dificultad de cualquier otra cosa?, ¿recuerda cuán tolerantes eran en casa si la razón era: un examen de matemáticas?, ¿la cara que se te quedaba si suspendías matemáticas a diferencia de si suspendías, por ejemplo, educación física? ¡Matemáticas! ¿verdad que no le suena lo mismo que Música?

En realidad las matemáticas no tienen la culpa de llamarse matemáticas, pero no me negará usted que la expectativa ya genera un clima. Eso creo yo, que me manejo bastante bien en matemáticas, aunque no me gustaran especialmente las matemáticas del colegio.

Esta palabra tenía un halo enrarecido y andaba ya entonces muy maltratada por las personas que tenían nombre. Imagino que no ayudaba que nuestro profesor llegará a clase más serio que un difunto y que hablara de ellas sin convicción y dando como válido un único camino para llegar a las soluciones. Me hubiera encantado que de los números se ocupara alguien como mi profesor de arte, alguien capaz de poner pasión en lo que podíamos crear, tanta como para hacernos creer en esa idea simple, maravillosa, ingenua y revolucionaria de que la imaginación nos ayudaría a cambiar el mundo. Tal vez le parezca una estupidez, pero lo imagino hablándonos de algoritmos y casi me estremezco.

También me hubiera gustado que alguno de mis profesores me hubiera hablado de alguna mujer científica. Y me hubiera gustado no sólo porque necesitábamos saber que existían, sino porque la forma de entender la disciplina de muchas de ellas nos habría hecho pensar. No crea que no intenté disuadir a mi profesor de un cambio en sus métodos. Sin embargo, como además de no tener nombre yo también era una pusilánime temerosa de interactuar con el mundo, no me atreví a decírselo en persona. Por eso, le escribí esta nota:

Sr. Profesor:
---------------

ADA propone desterrar la idea de que en las matemáticas sólo existe la situación de verdadero o falso, acierto o error. Las matemáticas debieran ser abiertas y cada estudiante podría cuestionarse elegir diferentes caminos para resolver un problema; se debe valorar el error como parte de la indagación, de forma que la equivocación en el resultado no sea sancionada sino que sea el nuevo punto de partida para seguir indagando y aprendiendo.

Esa ADA a la que aludía en mi nota era la famosa matemática Ada Lovelace, hija del poeta Lord Byron. Famosa creía yo, porque resultó que mi profesor no la conocía. Para colmo, como no tengo nombre y no puedo firmar las notas y por defecto todo lo que hago son anónimos, mi profesor interpretó que aquella palabra (ADA) aludía al acrónimo de Arturo Domínguez Alonso, ese chico tan callado de la segunda fila que nunca hablaba, por pura timidez, y que aceptó el castigo pensando que algo habría hecho mal, aunque no lo recordara.

Durante mucho tiempo anduve haciéndole pequeños regalos –también anónimos- a Arturo, queriendo compensar lo injusto de su castigo. El pobre Arturo parecía no entender nada cuando descubrió la nota por la que le reprendieron, pero para entonces ya se sentía feliz asumiendo la heroicidad que muchos le atribuían por querer enseñar al que enseña. Incluso llegó a creer que los regalos eran de quienes admiraban su gesto y puesto que él pensaba que los demás creían en él, él podía creer en sí mismo. Fue esta más o menos la secuencia por la que ese chico tan callado de la segunda fila se fue interesando por Ada y es hoy, con sus muchas canas y arrugas, uno de los más implicados en nuestra *Escuela de Estudios Posibles*.

No fue de la misma manera ni al mismo tiempo, pero en aquella época Zuriñe, Alex, Arturo y yo, comenzamos a interesarnos por las historias no contadas. En mi caso fue aquel vídeo sobre Ada que había encontrado en youtube, pero lo encontré porque un profesor suplente me habló de ella. En otros casos, fueron lecturas, conversaciones y pistas que iban dejando algunos profesores que te encuentras en el camino, esos que te dedican un tiempo y te piensan como si al ayudarte ayudarán al mundo. Ellos conformarían una pequeña lista de personas a tener aquí en cuenta en la delimitación del nombre que buscamos.

Pero volviendo a las historias “no contadas” que nos interesaban, debe saber que eran a menudo citas, fragmentos, nombres sobre los que había que indagar y en muchos casos sobre los que había que construir la historia, pues

al no estar contadas rara vez estaban documentadas. Pero algo sí demostraban, que la clasificación de las cosas del mundo que se empeñaban en reiterarnos en las clases, era sólo una entre las muchas posibles, acordada por diversas razones y lógicas. Pero ninguna tradición tenía derecho a limitarnos en nuestras mezclas y elecciones ¿por qué no podía yo, por ejemplo, ser artista y matemática?

Defendería ante quien fuera que los algoritmos comparten cosas con la poesía. Porque claro que el proceso importa también en matemáticas. Algoritmos y versos son cadenas de números y letras escritos con intensidad. También la emoción estética es una forma de eficacia. Y cuando el algoritmo se convierte en instrucción y da vida a un programa o una máquina ¿no cree usted que tiene algo del verso que conmueve, que eriza la piel, que hace centellear una lágrima o que de pronto parece explicar una de tantas sensaciones inefables? A mí me parecía que sí.

Por eso, en aquellos días adolescentes, cuando mis límites se desdibujaban sin ton ni son a cada rato, me gustaba tanto dibujar, leer y programar. Empecé a hacerlo sin saber que lo que yo hacía era programar y bien pensado, también habría que quitar mucho hierro a esta palabra. No crea que es cosa complicada. Llega un día en que descubres que para que una máquina, sea grande o del tamaño de un ratón, haga alguna cosa, debes hablarle... - ¿Hablar a una máquina? Zuriñe siempre se reía visualizando esta idea porque a menudo la descubrimos haciéndolo literalmente. Pero esa era la cuestión, crear lenguajes que la máquina y nosotros pudiéramos entender. Y créame que no fue fácil en un contexto como Internet y siendo adolescentes, pues aunque teníamos acceso a tutoriales y ganas, a cada rato teníamos la presión de las redes por socializarnos, bombardeos de recordatorios reclamando nuestra inmersión, su consumo, poniendo como señuelo a nuestros amigos. Entretanto, nadie nos enseñaba a programar, a deshacer, a poder hacer de otras maneras. Lo pienso hoy y me sigue pareciendo inaudito. Perfectamente hubiéramos podido sucumbir ante las seductoras reclamaciones de nuestra época, seguramente aunque ahora no lo recuerde lo hicimos durante un tiempo.

Hacerlo durante más o menos tiempo no impidió que nos metiéramos en esto de “hablarles a las máquinas”. Aprender los lenguajes de programación que ya existen es más fácil que aprender idiomas, eso creo yo al menos y que no hay ignorancia que no pueda ser superada con voluntad. Usted, señor rector, como filólogo que es, seguro que valora la importancia de las palabras y de su orden. Ese es uno de nuestros códigos. Pero imagine que las líneas que usted escribe en un poema o en un ensayo, a su vez dan vida a una máquina, que ese texto permite que una máquina interactúe con usted. No

me dirá que no le parece fascinante. Como poco, a mí me parecía como un cielo despejado, como una lluvia fina, como nubes que eran un zapato gigante, una cabeza de elefante... como despertar cada mañana.



*(D)e tal suerte que se encuentra ante el hecho en bruto de que hay, por debajo de sus órdenes espontáneos, cosas que en sí mismas son ordenables, que pertenecen a cierto orden mudo, en suma, que hay un orden.*

Foucault

## *Capítulo - email 6*

**impresos de destino recomendado**

*U*na mañana el cartero dejó en casa varios sobres dirigidos a mis hermanos y uno que no tenía nombre en el que aparecía sólo la dirección postal de nuestra casa. Todos los sobres que llegaban así, terminaban en mi cuarto. Recuerdo que en aquel tiempo, la secuencia de números que formábamos con nuestras edades mis hermanos y yo debía seguir el siguiente orden: 18 Edurne, 17 Arratz, 16 Lehen y Arkaitz, y 14 yo. Digo esto porque Edurne estaba valorando qué rumbo tomar en sus próximos años en la universidad y los sobres tenían que ver con esta decisión. Eran el resultado de unas encuestas hechas en el colegio un par de meses antes. La carta adjunta decía querer asesorarnos en nuestra futura elección de estudios y, según daba a entender, también en nuestra elección de trabajos y vidas mediante una propuesta de “destinos recomendados”. Cada impreso decía como sigue:

## IMPRESO DE DESTINO RECOMENDADO

Tras la encuesta realizada a

**----- D<sup>a</sup> EDURNE\* Fernández-Somerville -----**

y valorando los datos obtenidos con un índice de confianza del 95 %, le informamos que las ocupaciones que se ajustan al perfil de sus respuestas en relación proporcional a la determinación de su nombre, son las siguientes:

Exploradora en el Ártico; catadora de helados; inspectora de nieves; experta en sociología noruega; bióloga de osos polares; vendedora de comida congelada; investigadora de la cadena del frío; escritora de ciencia ficción (temas recomendados: monstruos de las nieves y/o criogenización); directora de lavandería; diseñadora de vestidos de novia; reina blanca; que hace de virgen en representaciones de teatro; mujer pura; recolectora de jazmines y otras flores blancas.

Lo cual ponemos en su conocimiento para que usted actúe en consecuencia.

\*Edurne: Nieves

## IMPRESO DE DESTINO RECOMENDADO

Tras la encuesta realizada a

**-----D. ARKAITZ\* Fernández-Somerville -----**

y valorando los datos obtenidos con un índice de confianza del 95 %, le informamos que las ocupaciones que se ajustan al perfil de sus respuestas en relación proporcional a la determinación de su nombre, son las siguientes:

Experto en piedras y mineralogía; constructor; escultor; cantero en una mina de mármol; que es inflexible; que resiste golpes y vaivenes; ingeniero de caminos y montañas; que estudia minerales pesados; *harrijasotzailleak*; conservador de fósiles; que almacena y vende ladrillos; representante de collares de piedras preciosas en Rusia; jefe de departamento de quejas; investigador de la vida y obra del primer apóstol del Cristianismo.

Lo cual ponemos en su conocimiento para que usted actúe en consecuencia

\*Arkaitz: Pedro

## IMPRESO DE DESTINO RECOMENDADO

Tras la encuesta realizada a

**----- D. LEHEN\* Fernández-Somerville-----**

y valorando los datos obtenidos con un índice de confianza del 95 %, le informamos que las ocupaciones que se ajustan al perfil de sus respuestas en relación proporcional a la determinación de su nombre, son las siguientes:

Corredor de fondo; atleta; trabajador en fórmula uno; que llega el primero; panadero; que madruga más que nadie; portero; historiador; número uno de su promoción; especialista en causas y orígenes; teólogo; evolucionista experto en los primeros homínidos; aficionado al pasado; arqueólogo; boxeador; coleccionista de arte antiguo; anticuario; jugador de lotería primitiva; que lo hará antes que nadie.

Lo cual ponemos en su conocimiento para que usted actúe en consecuencia

\*Lehen: Primitivo

## IMPRESO DE DESTINO RECOMENDADO

Tras la encuesta realizada a

----- D<sup>a</sup>. ARRATZ\* Fernández-Somerville -----

y valorando los datos obtenidos con un índice de confianza del 95 %, le informamos que las ocupaciones que se ajustan al perfil de sus respuestas en relación proporcional a la determinación de su nombre, son las siguientes:

trabajadora en *afterhours*; vigilante nocturna; poeta de puestas de sol; observadora de estrellas; preparadora de oposiciones; gogó; especialista en trastornos del sueño; escritora romántica; médica en servicio nocturno de urgencias; actriz en películas de miedo, guionista de novelas de zombies y/o vampiros; escenógrafa de obras que transcurren en ambientes oscuros; pintora de crepúsculos; cuidadora de ancianos; gótica; cocinera de cenas.

Lo cual ponemos en su conocimiento para que usted actúe en consecuencia.

\*Arratz: Anochecer

Y mi impreso decía:

## IMPRESO DE DESTINO RECOMENDADO

Tras la encuesta realizada a

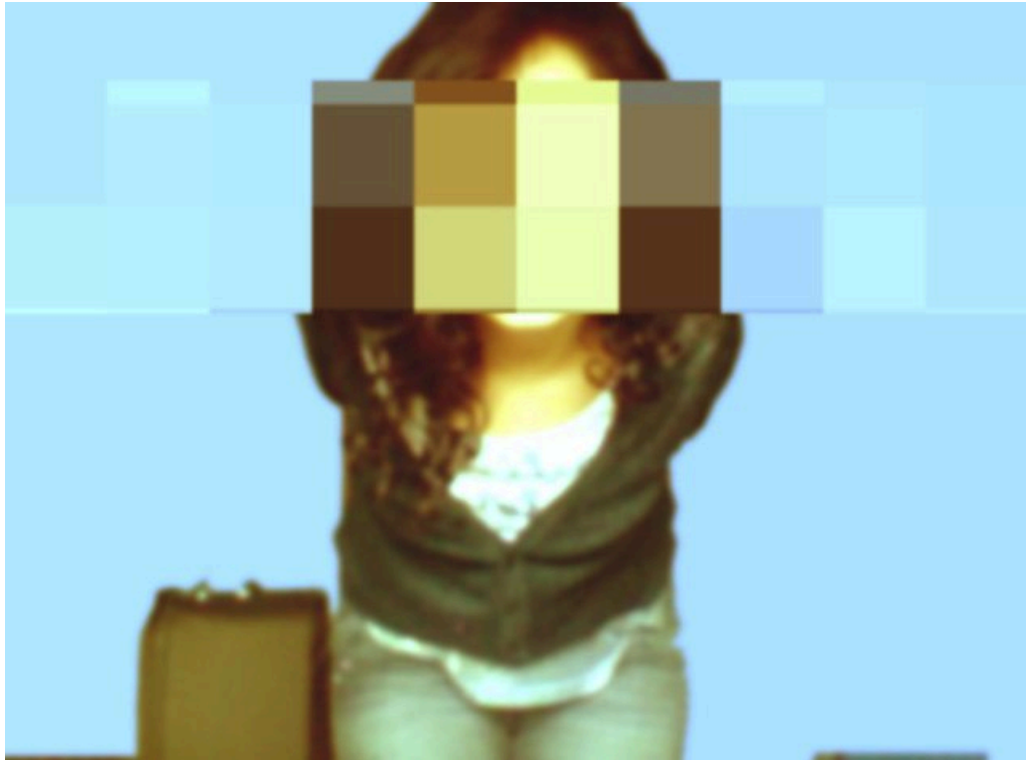
-----

y valorando los datos obtenidos con un índice de confianza del 95 %, le informamos que las ocupaciones que se ajustan al perfil de sus respuestas en relación proporcional a la determinación de su nombre, son las siguientes:

50 % Puede usted ser lo que quiera

50 % Puede usted no ser nada

Lo cual ponemos en su conocimiento para que actúe en consecuencia.



*Resérvate el derecho de pensar: incluso equivocarse es mejor que no pensar nada. Hypatia*

## *Capítulo - email 7*

*I will (not) waste my time*

Cuando, pasados los años, me enfrenté a aquel otro impreso, esta vez de preinscripción para matricularme en la universidad, tuve un ataque de decoloración y casi me hago transparente. Fue así que la primera vez que intenté decidir dónde poner la “X” de mi elección, aguanté las lágrimas por no encontrar lo que yo quería. Supuse entonces que al igual que yo, aquello que quería estudiar aún no tenía nombre. Bien pensado... no merecía aquella lágrima, merecía una palabra. Ya lo ve, según el 50% de lo dicho en mi impreso de destino recomendado yo podía ser lo que quisiera ser, pero hay muchas cosas que aún no están inventadas. El mundo, como todo el mundo sabe, está pensado para la gente con nombre y sus profesiones recomendadas.

Para colmo en algún momento de la historia de la gente con nombre inventaron las burocracias. Dícese de trámites escritos que quieren facilitar la gestión de las masas; dícese también de un filtro de selección previo para dejar en el camino a los que no tienen nombre, al capítulo “otros”, o a quienes no se ajustan a los nombres cargados de tradición y de bibliografía específica que nos proponían como alternativa. Véase:

*Las ciencias se dividen en: a) que hacen artefactos, máquinas y cosas técnicas y usan las matemáticas b) que estudian bichos, la vida humana y la naturaleza c) que leen, escriben y memorizan palabras e historias d) que dibujan, colorean, crean e imaginan...*

Había distintas versiones, algunas incluso acompañadas de presupuestos y reformas educativas, pero en el fondo venían a delimitar lo mismo, apoyándose en que aquí las cosas siempre se han clasificado de esta manera y que los libros están ya archivados siguiendo este orden, es más, que los libros están escritos siguiendo este orden.

Yo no quería resignarme a lo que venía dado en aquellas opciones empeñadas en organizar saberes, habiendo previamente clasificado distintas expectativas de unas y otros. Yo no quería, no tanto porque entre el ambiente grisáceo de muchas de esas facultades corría el riesgo de diluirme del todo y terminar convertida en pared o en puerta. No quería, porque llevo mal vivir en un orden estructurado hasta en los más mínimos capítulos que toda posibilidad de *ser* debiera tener y porque me gustaba demasiado la vida como para no intentar involucrarme con intensidad en lo que la vida permite.

Por suerte, la familia siempre está cerca para ponerte ejemplos que, bien como modelos a seguir, bien como modelos de los que escapar, algo ayudan.

Y frente aquellos magnéticos impresos de preinscripción parecía que nadie podía resistirse a opinar. En casa unos y otros me animaban a poner una cruz en determinadas casillas. Mis padres decían: -Aunque no tengas nombre, algo sí sabemos de ti, eres una chica, y a las chicas se les da bien lo relacionado con la biología, la naturaleza o con las letras. Mira si no, la hija de Osane, la vecina; o la sobrina de Aitor, el del sexto; o tu hermana Edurne, lo bien que le ha va con su beca como Bióloga en Noruega, o a Arratz que será especialista en enfermedades del sueño. Y seguían y seguían con una lista de referentes cercanos y afines a amigos y vecinos que suponían ejemplos ya testados que querían decidir por mí, pero que por puro agotamiento habrían convencido a muchos. He aquí que todos se empeñaban en repetir las historias y hacer lo previsible, vivir la vida de los otros. Y yo, créame, cada día entendía mejor porque no tenía nombre. Toda la retahíla de consejos de mi familia sólo sirvió para ir descartando y tener referencias de lo que no quería hacer.

Y esto mismo le debía estar pasando a otras muchas personas de mi generación. Es la única explicación que puedo dar a que el día de la preinscripción, simultáneamente, fueran hackeadas las webs de muchas universidades, cambiando los nombres de departamentos, titulaciones y asignaturas que en muchos casos heredaban sin más lo hecho por la tradición, y cuyas alternativas (las que nosotros dábamos) claro que eran irónicas, a veces paródicas y siempre mejorables, pero eran nombres que no generaban esas expectativas de exclusión que algunos chicos apreciaban en humanidades y ciencias sociales y muchas chicas en las carreras técnicas.

Juro que no fui yo quien lo hizo. Yo sólo tuve la idea, hice la programación y la subí a Internet y, ya ve, parece que había gente que pensaba igual, porque fueron ellos los verdaderos artífices de los nuevos nombres que estuvieron en línea apenas un día.

Para muchas personas que supieron lo ocurrido, quienes directa o indirectamente participamos en la acción no logramos nada, pues no aceptaron nuestros impresos modificados basados en los cambios de nombre. Las razones, resumidas venían a decir: *así no se transforman las cosas, todo requiere su trámite; mejor argumentar que hackear; estos impresos no pueden ser leídos por nuestras máquinas* y, entre otras cosas, claramente, su predecesor en el cargo de rector de esta universidad no se dio por aludido e intentó tapar lo ocurrido como si hubiera sido una travesura sin importancia. Hoy, sin embargo, muchos de aquellos implicados en el hackeado de la web trabajan con Alex, Zuriñe, Arturo y conmigo en la *Escuela de Estudios Posibles*.

Pero eso fue después, porque en aquel tiempo yo no tenía ni idea de lo que quería hacer con mi vida y tampoco sabía si la universidad me ayudaría a

deducirlo. Tan confusa estuve que perdí mucho tiempo vagando, abandonando mi cuarto y mi casa, viajando, trabajando, probando, equivocándome y, quiero pensar que aprendiendo a tomar decisiones, hasta que lo hice. Sintiendo que estaba desaprovechando parte de mi vida, creí oportuno tomar una decisión que me permitiera, no ya retomar mis estudios, sino dar un salto que me situara por delante, coger un tren en marcha para recuperar el tiempo perdido. Creí que esto sólo podía hacerlo en una carrera como ingeniería informática, porque programar me apasiona y porque sentía (aun lo siento) que el futuro se construirá programando.

Imagino que tenía algunas cosas a mi favor. Y es que investigar sobre las cosas que me gustaban y que ya hacía en casa era como seguir jugando, como siempre había hecho. Probar, experimentar, imaginar y en el fondo, convertir mi afición en mi trabajo es, creo yo, lo que me ha hecho sentir más afortunada en mi vida como persona sin nombre. No se imagina qué increíble sensación lograr que una aplicación funcione. Y que la gente la use. Aquellas líneas que solas eran huérfanas y que debían integrarse en uno. Y apagar el ordenador y esperar a que la gente despierte en cualquier parte del planeta y se encuentren con la aplicación. Ver que ha funcionado, que alguien la ha hecho suya... Y cuando termina el día, descubrir todas esas descargas. Creo que gané varios kilos de ego en aquel tiempo, pues indudablemente era una sensación poderosa. Aunque en mi caso las obras no pudieran estar firmadas, yo las sentía mías y disfrutaba. Y sí, fue uno de los momentos en los que hubiera querido tener un nombre, ¿cuántas obras anónimas en el pasado no habrán tenido como autoras a mujeres que no pudieron firmarlas por otras razones? No parecía justo que ahora yo no lo hiciera por no tener nombre. Pero seguí la inercia del trabajo, de los días y las horas y no me detuve. Eso fue lo que pasó.

De aquella época podría decirle que no tenía dormitorio, casa ni dinero o que me ganaba la vida con mucho sacrificio, pero no fue exactamente así. Lo cierto es que no hubo lado romántico. Mi vida entonces era una vida normal, todo lo normal que puede ser una precaria vida de estudiante difuminada y sin nombre en una habitación alquilada de un piso compartido, si acaso distinta en la intensidad de mi estudio. Ya sabe usted, nadie nace sabiendo y hay muy poco tiempo para aprender tantas cosas... Entre ellas una que cambió de nuevo mi forma de entender lo que hacía. Se trata de unas palabras, entonces totémicas (apunte, por favor): software libre. Palabras que se unieron como brazo y tronco por una articulación crucial: la lectura, leer cuanto pude dentro y fuera de la universidad y preguntarme por el sentido de lo que hacía y de lo que podía hacer.





*Acostumbrarse es una forma de morir.*  
Dulce Chacón

## *Capítulo - email 8*

**Escuela de Estudios Posibles**

Conforme nos vamos haciendo mayores a las personas sin nombre nos pasa lo contrario que a muchos cuando se hacen viejos y la conciencia de lo (no) hecho les quita el sueño. Sin embargo, nosotras, las personas sin nombre, podemos dormir más de lo normal. Caemos fulminadas en la cama y mientras dormimos es como si el cuerpo se nos hiciera todavía más ligero, y nuestro ser difuminado abarcara por días algún milímetro menos, algo que por otra parte e intentando asomarme ahora al espejo creo que no es sólo metáfora.

Para evitar los sueños profundos, temiendo evaporar alguna parte importante de mi persona, solía dedicar un tiempo ya en la cama a terminar las cosas pendientes, a resolver los problemas abiertos y a poner nombres a los proyectos y aplicaciones en ciernes, aquellos que necesitaban todavía esa palabra, esa frase para comenzar a definirse. Fue en una de aquellas madrugadas, casi ya entrado el sueño, cuando surgió la *Escuela de Estudios Posibles*. Le prometo que en esos momentos nocturnos habría sido capaz de planificar su estructura, de no apretarla demasiado, de iniciar la programación de las primeras aplicaciones. Lástima que el sueño y el despertar dejan todo el trabajo en algún lugar infra-atómico de la almohada, en un esbozo de algo que, pena de cerebro sin USB, no pudo ser archivado.

Quise frotar la almohada y las noches siguientes, pero sólo delante del teclado logré recuperar gran parte de la idea, y ya sabe que si una idea no se lleva a la práctica o no se comparte es como si no hubiera existido, así que trabajé disfrutando y sufriendo para tener algo más definido que proponer a mis amigos. No crea que fue cosa fluida, como cuando uno vomita ideas dispersas intentando hacer hueco. Las personas sin nombre necesitamos esforzarnos duro para lograr nuestros propósitos y vencer nuestra tendencia divergente a difuminarnos también en las ideas. A menudo sufrimos ataques de decoloración dudando si seremos capaces de lograrlo, si no sucumbiremos a la poca expectativa que los demás -que apenas nos ven y apenas nos hablan-, tienen puesta en nosotros. Es habitual además que muchos suframos de memoria de pez, como ya le he ido comentando, y que necesitemos férreo entrenamiento para recordar, sin menospreciar que adoramos los dispositivos de memoria externa. No oculto que es una razón para soñar con futuras prótesis incorporadas al cuerpo que nos faciliten recordar o, cuando menos, recordar lo que no queremos olvidar.

No podría precisarle cuántos meses dediqué a programar y a organizar las aplicaciones sobre las que nacería la *Escuela de Estudios Posibles*, pero debió ser casi todo el último curso de ingeniería. Suerte que Alex, Zuriñe y algunos compañeros más, amantes de la programación, de la tecnología y de las revoluciones, se sumaron a la idea y pronto la escuela empezaría a rodar en Internet.

Para aquel entonces Zuriñe y Arturo eran pareja y tenían una niña de año y medio, una niña de nombre inevitable: Ada. Recuerdo que en nuestras primeras reuniones de trabajo había una energía especial, esa energía que aparece cuando somos lo suficientemente jóvenes como para entusiasmarnos y sintonizar la época y lo suficientemente adultos como para no cambiar de idea cada cinco minutos. Todos teníamos ilusión por el proyecto y nos concentrábamos tanto en su programación y mejora, que se nos pasaban las horas y los días delante de las pantallas y comentando después en el taller compartido. A los demás no nos importaba pasar las noches trabajando, pero después de varios días especialmente intensos, Zuriñe nos reunió a todos para hablarnos de algo importante para ella. Lo inaudito del tema nos dejó a todos sin palabras.

Esperábamos una conversación sobre alguno de los problemas de código no resueltos y nos encontramos con que el problema no estaba en las máquinas, sino que el problema estaba afuera. Para ser más exactos, el problema estaba en cosas groseramente humanas como esas bolas de pelusa y suciedad que se acumulan en las casas cada cierto tiempo sin limpiar, en la vida residual de los pequeños desechos, en la deriva de los espacios que habitamos cuando no les prestamos demasiada atención. Esas irregulares esferas de pelo, hilo, pequeños restos de piel humana y polvo, que viven, crecen y se desplazan libre y lentamente por el salón, para recordarte que la casa puede ser suya y pronto será más que casa, desierto de Arizona.

Zuriñe nos contó que el día anterior se había enfrentado a esa imagen al volver a casa y a la pequeña Ada intentando atrapar esas bolas. Quién más quién menos también teníamos el problema del tiempo, las bolas de pelusa y la gestión de la casa o de la habitación alquilada en la que vivíamos, pero Zuriñe insistía en que ser madre y ser programadora no era cosa fácil y que se estaba replanteando dejarlo.

Si en el proyecto hubiera estado mi hermano Lehen se habría alegrado de que alguien como Zuriñe se fuera, pues era tan lista que con seguridad podría

eclipsarnos a todos. Lehen decía, seguido de un “es broma”, que a la gente muy brillante mejor atarles una piedra al cuello y lanzarlos al río; que estar cerca suyo es recordar a cada rato lo inútiles que podemos ser los demás. Pero Alex y yo no queríamos atarle nada al cuello a Zuriñe, queríamos tenerla cerca por muchas razones que seguramente habría que incluir en el nombre que buscamos, pero que preferiría guardar para mí. No sería sin embargo exagerado decir que ambos sentíamos su impotencia como propia. De hecho, cuando a menudo me asaltaban las dudas sobre ¿dónde va esa parte del cuerpo emborronada, esas constantes pérdidas de los límites de las personas sin nombre? En la respuesta siempre estaba la gente cercana. Yo sentía que Alex y Zuriñe formaban parte mía y yo de ellos, como algo material y también como algo incorporado, algo que tiene que ver con el afecto y el amor al otro. Apunte, por favor, estas palabras.

Pero he de volver al asunto aquí esencial: las pelusas y Zuriñe. Asunto donde la pregunta por Arturo era obligada. “¿Qué piensas tú, Arturo de las pelusas?” Y Arturo decía que a él no le molestaban. A pesar de vivir la misma situación de Zuriñe: mucho trabajo y poco tiempo libre, él no sentía la misma presión por las pelusas y decía poder vivir con ellas, seguramente porque intuía que alguien (no él) se ocuparía de ellas y que las visitas familiares nunca le recriminarían a él que las dejara apropiarse de la casa.

Zuriñe sin embargo decía ver en las pelusas las caras de su hermana, de su madre, de su padre, de su abuela y de los vecinos, echándole en cara lo desastre que era, lo egoísta que estaba siendo, lo mala madre y esto, que difícilmente podía contener, le bloqueaba. Allí donde Arturo sólo veía la lógica deriva de una casa donde el tiempo no da para todo, ella veía una razón de peso para replantearse tomar una decisión.

Puede imaginarse que si Zuriñe se iba por las pelusas, esto sería un fracaso de todos. La escuela además estaba pensada para facilitar la formación y el empleo entre la gente, si no éramos capaces de hacerlo entre nosotros, la escuela fracasaría antes de echarla a andar. No perdíamos nada, por lo que debíamos intentar aplicar lo propuesto en la EEP al problema en cuestión. Y aunque el problema parecía muy preciso se nos hacía muy complejo. Por eso, hicimos como cuando programamos: lo fragmentamos para intentar entenderlo y dar una solución. Con seguridad la solución que se nos ocurrió era parcial y perfeccionable pero en aquel momento nos funcionó:

:: Primera parte del problema: trabajar en casa para evitar desplazamientos. En mi generación ya ninguno de nosotros pensaba que trabajo es el lugar al

que se va, sino la actividad que se hace. Así imaginábamos que algún día todas las personas podrían trabajar en sus casas y disponer del control sobre su tiempo, sin que ello supusiera como anunciaban algunos agoreros estar petrificados en su interior, sino saliendo y entrando a gusto, aprendiendo a optimizar esos tiempos tras el *muro del hogar*.

El propósito era facilitar a Zuriñe y a Arturo una igualdad de condiciones para sus trabajos (en casa y en la EEP) y, ¿por qué no? a Ada el referente de esa imagen compartida. Este fue el inicio al que dedicamos muchas conversaciones, veinte altibajos, muchos litros de café y más de diez tentaciones de tirar la toalla y seguir sin ellos. Finalmente creamos dos aplicaciones personalizadas para Zuriñe y para Arturo que les permitirían seguir haciendo todo su trabajo desde casa.

::\_Segunda parte del problema: el *muro del hogar*. Esto era realmente complicado, porque ¿cómo podíamos intervenir en un “mundo” que el mundo se había empeñado en aislar bajo el hermetismo de lo privado, y donde se reiteraban las pequeñas escenas cotidianas de desigualdad? ¿Cómo evidenciar que el cuidado de las personas que nacen, de las que envejecen, del trabajo afectivo, de la planificación de las comidas, del vestido, de la aniquilación de pelusas... que todo eso era igualmente importante, si acaso no, lo más importante para la pervivencia de las personas? Así, se nos ocurrió poner en valor este trabajo e incluirlo en la nómina de quienes trabajaban en la Escuela de Estudios Posibles.

Pasado el tiempo, sin embargo, creo que algo más sutil y que en principio no habíamos contemplado, también contribuyó a resolver el problema. Como pretendíamos que Arturo y Zuriñe repartieran equitativamente las actividades a hacer en casa y, como ellos sabían que el tema nos importaba y mucho y que estábamos implicados, nos hicieron testigos de su pacto y reparto, por lo que nos hablaban sin tapujos de lo que otros muchos consideran exclusivamente privado o pequeños detalles sin importancia. Deshacían así esa idealizada reserva que muchos tienen sobre lo doméstico, sobre lo privado. De manera que era tan habitual que Zuriñe y Arturo publicaran una nueva aplicación como que Arturo y Zuriñe compartieran una receta de cocina y viceversa.

::\_Tercera parte del problema: “así serán algún día los robots que limpiarán de manera autónoma nuestras casas”. Esto pensábamos entre dibujos que entonces quedaron sólo ahí, como dibujos. En aquel momento ninguno de

nosotros era experto en robótica, pero años más tarde una estudiante de la *Escuela de Estudios Posibles* se animó a diseñar y comercializar eficaces robots para este cometido. Sí, ya sabe, seguro que usted también los usa. Son esos mini-robots que viven en las casas, cual discretísimas y limpias cucarachas escondidas debajo de los muebles y que, silenciosamente cual insecto, cada noche recorren impecables cada centímetro de superficie para comerse las pelusas y las crías de polvo.



*Todas las cosas son imposibles, mientras lo parecen.*  
Concepción Arenal

## *Capítulo - email 9*

*School of Possible Studies*

Sin saberlo, con la puesta en marcha de la escuela, entraba en la parte más intensa de la vida de alguien sin nombre. Allí donde, a diferencia de tu cuerpo, todo lo que haces está suficientemente definido como para funcionar y servir a la gente. Curiosamente, aquella época coincidió con una conciencia dolorosa del paso de los años y una progresiva sensación de fragilidad y miedo a difuminarme en exceso, a cumplir las amenazas de desaparición que los médicos daban como segura posibilidad cuando era niña. Como efecto, tercamente, te empeñas en hacer y hacer, como si tu trabajo conformara una segunda piel apropiable por otras personas que te permitiera vivir de otras maneras en los demás. La vida sí, ¿le he dicho ya cómo me gusta la vida? Apúntelo, por favor, para ese nombre que buscamos, la vida debiera ser lo esencial en esa palabra.

Y volviendo al asunto de la escuela, no puedo decir que naciera como proyecto definido y cerrado, pues la *Escuela de Estudios Posibles (EEP)* sigue viva y cambia cada día. Lo único que permanece es que todos, independientemente de los años y de la experiencia que tengamos, nos seguimos considerando estudiantes.

Ya le apunté en alguna ocasión y usted lo sabrá, que la escuela no nació sólo como plataforma virtual para la autoformación, sino que cuenta con aplicaciones para el autoempleo en Internet. La escuela tiene además su esqueleto visible desde afuera: estructura y aplicaciones son recursos libres que hemos ido creando colectivamente y compartiendo, recursos que forman parte también de ese proceso de formación y trabajo. Pero lo más importante ha sido, pienso yo, que creamos las condiciones para que la gente aprenda a programar, a entender la lógica que les permite crear sus propios espacios en la red e interpretarlos. La programación es algo importante en nuestra escuela ¿Acaso alguien duda que lo primero en un mundo en red es enseñar a leer y a escribir... también código? ¿Puede haber algo más elemental y necesario que enseñar a las personas a ser autónomas y a gestionar los espacios y tiempos que habitan desde el nivel más básico de programación y control? Cuando decíamos esto, los de Feisbuk se echaban unas risas y nos dedicaban un “me gusta”. Para qué engañarnos, la sonrisa que le devolvíamos era igualmente irónica.

A grandes rasgos los contenidos que se trabajaban en la *Escuela de Estudios*

*Posibles* estaban relacionados con la tecnología, la creatividad y el pensamiento. En todos ellos estaba implícita la pregunta por el valor de lo que hacíamos, no me refiero solamente al valor económico, sino especialmente al valor ético, ese que alude al comportamiento del “yo” pensando en “nosotros”, en un mundo que no es propio sino compartido. Y por supuesto, siempre estaban presentes la programación y la lectura. Facilitábamos acceso gratuito, tanto a las más ingentes como a las más pequeñas bibliotecas online para las que ideamos eficaces programas de traducción. Lo importante en todo caso no era el exceso de fuentes consultadas, lo importante era que creáramos las condiciones para que las personas de la EEP pudieran disponer de su tiempo para leer y pensar por sí mismas. Es decir que junto a los recursos les ofrecíamos el tiempo becado para su lectura. Por ello, nuestro requisito para seguir en la *Escuela de Estudios Posibles* no era “hacer” sino que cada cual fuera capaz de argumentar sus razones y sus valores en los proyectos que iba creando, proyectos de ingeniería para la vida, orientados a transportes, ropa, robótica, alimentación, sostenibilidad, salud, proyectos de biotecnología, de movilidad, de redes, de energía, de educación... muchos online, pero otros muchos ideados para el mundo material.

Bien pronto muchas personas desorientadas comenzaron a adquirir el brillo de las personas con nombre elegido, ese que las elecciones foráneas, los estudios históricos, la religión y las tarjetas de visita han sobado durante tanto tiempo. Otros seguían diluidos, como borrosos, pero reclamaban su derecho a seguir buscando su estudio-trabajo-ser posible. También lo hacían pensando en un empleo remunerado, pero el pago no siempre era dinero. Quiero decir que también surgieron varios proyectos donde la equivalencia de dinero de plástico por muñeca de plástico (que a mí me negaron de pequeña) existía, y que esos, como otros intercambios, también han ido tomando forma en la EEP.

En pocos años nos sorprendió un inesperado aumento de matrículas de gente con y sin nombre de todos los lugares del mundo, por lo que tuvimos que reprogramar nuestro sistema para una mejor gestión de las posibilidades de estudios y trabajos online que iban naciendo. No fue difícil pues la escuela se ha mantenido autogestionada por los propios estudiantes que terminaban trabajando en ella. Hoy, casi un tercio de los estudiantes de la EEP son mujeres africanas y esto ha supuesto un increíble impulso especialmente para facilitar el acceso libre y mundial a la red y, como efecto, a la autoformación. En la EEP cada cuál ha creado su particular fosforescencia virtual vinculada con su mundo y los nombres que buscaban. El objetivo tachado de igual

manera como ingenuo, esencial o revolucionario es poder vivir de aquello que te gusta y que, si no existe, tú propones o inventas.

No piense sin embargo que en la EEP sólo hay lugar para la utopía, o que quiero desviar la atención hacia un balance bellamente enmascarado. No negaré que lo que más abunda en la escuela es el conflicto y las dificultades. De no haberlos, estaría hablándole de ficción y no de mi experiencia vivida.

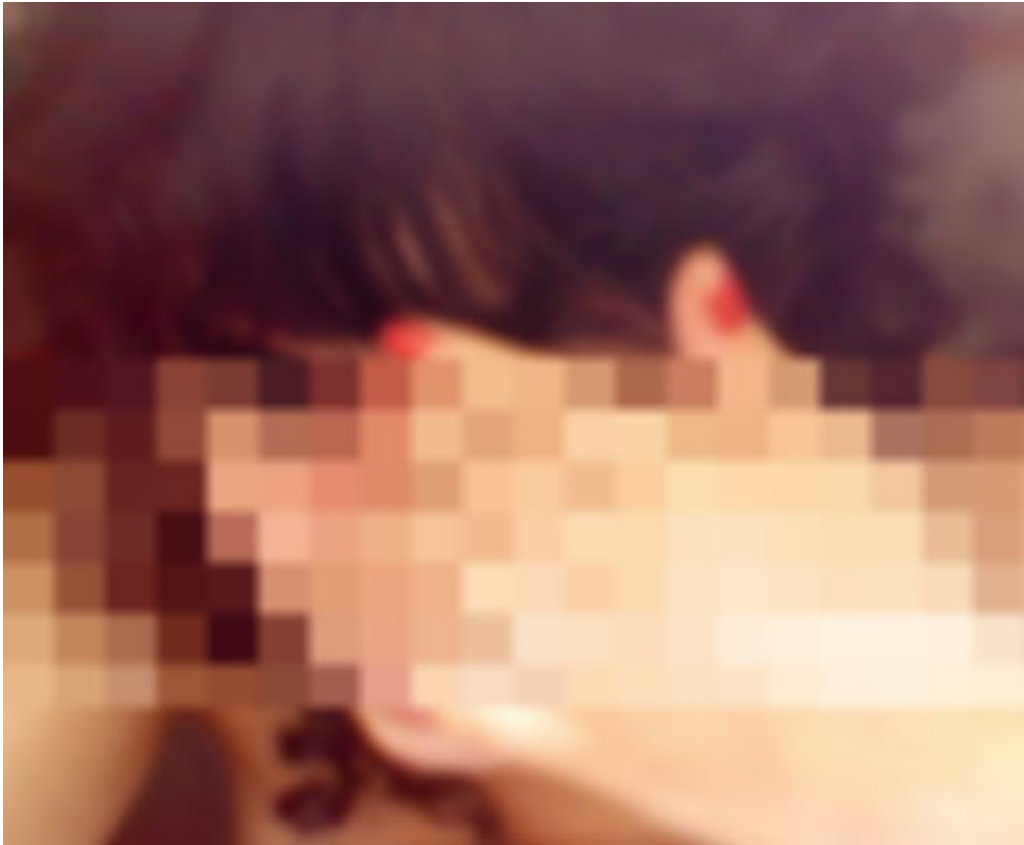
Cuando llegó hace unos días ese mensaje del gobierno sueco, el proyecto no se tambaleó. La escuela aceptó el nobel de creación igual que aceptamos los otros premios que nos han dado. Pero fue como cuando por la noche una estrella brilla más que las otras y se queda con todas las miradas. Pues eso, que tuvimos muchas miradas y más visitas en esos días que a punto estuvieron de colapsar la EEP. Ciertamente que una foto misteriosa que dice ser de una mujer sin nombre aparece en muchas enciclopedias como una de las ingenieras fundadoras de la EEP, sin embargo como no tiene nombre asociado, a veces ponen una foto mía, pero casi siempre la ponen de otra persona.

Sí, ya sé, pensará usted que ahora que tengo la oportunidad de contribuir a modificar las enciclopedias que tanto he criticado, me resigno a no aparecer por no tener nombre, por no estar de acuerdo con su filosofía, o por dieciocho o más excusas que pueda darle. Y yo, que conforme le escribo intento desenmarañar mis sensaciones encontradas al respecto, creo que no se trata de que en la EEP trabajemos por puro altruismo, ni que nos sintamos obligados a trascender con obras anónimas. De hecho a mi vanidad le agradecería que pusieran mi foto y no me importaría, de tenerlo, que citaran mi nombre. Reconozco lo hecho. Pero igualmente no exagero al decir que a mí la fama no me gusta tanto como “el tiempo”, como dedicar mi tiempo a lo que me gusta. En el fondo mi mayor razón para todo esto es también egoísta. Si me hubiera hecho famosa con nombre, ¿sabe usted el tiempo que perdería en entrevistas y en desmentir cosas sobre mi vida e intimidad, sobre si vivo con Alex o sobre si llevo las uñas pintadas? Y el tiempo es lo que a mí más me importa, la moneda más valiosa.

Vaya. Lo pienso ahora y es como si todas las capas de mi pensamiento crepitadas de interferencias, de pronto se asentaran como cenizas y el humo sólo fuera de... tiempo. Porque yo lo que querría es más tiempo. Más si cabe desde que los años han difuminado tanto mis límites que mi apariencia de fantasma le asustaría. Y no hay día en que no dude si al despertar, el cuello logrará levantar la cabeza y los dedos tendrán la fuerza suficiente para teclear.

Hace unos años que ya me he quedé sin cejas y sin los dedos de los pies. Cuido como ni se imagina mis ojos y mis dedos para seguir interviniendo tras esta ventana y para poder mirar cada día por la que da al monte Artxanda. A ambas ventanas suelo dedicar algo de mi tiempo acompañada de amigos y fetiches. Sobre el alféizar de la que da al mundo material, tengo aún la minúscula y manoseada pieza de puzzle que liberé hace tantos años de su destino de milimétrica porción de cielo azul.

Llegados a este punto, no crea que al pronunciar ese nombre que buscamos, no temo alguna respuesta que trastorne la desaparición ya iniciada por mi cuerpo en uno u otro sentido. Me da miedo desaparecer del todo, pero también que mis límites dejen de ser borrosos y se marquen, de forma extraña para mí, como el grafito con que los niños perfilan insistentes sus dibujos, tanto que me convierta en un robot o en un ser cuadriculado, determinado, sin contradicciones ni fisuras. Bien pensado me gusta fundirme en su justa medida en mis paseos por la calle. Es tan placentero caminar y camuflarme entre los árboles del parque o entre las casas... Porque, ¿le he dicho ya cómo me gusta la vida? Ese cielo despejado, a veces una lluvia fina y nubes que son un zapato gigante, una cabeza de elefante.... Levantarme cada mañana y esperar a que vaya conformándose la piel como un holograma, confiando en que mano y pie estén en su sitio... Pues eso, que yo volvería a vivir una y otra vez y siempre querría ser dueña de mi tiempo y de mi vida. Entienda, por favor, que tenga miedo a este momento.



*Capítulo /email unoycero*  
Instrucciones para poner el nombre a esa placa

*Yo... no pensaba en conservar lo nuevo, sino en renovar lo antiguo. Renovar lo antiguo mediante su posesión en el objeto de la colección que se me amontonaba en los cajones. Cada piedra que encontraba, cada flor que cogía y cada mariposa capturada, todo lo que poseía era para mí una colección única. "Ordenar" hubiese significado destruir una obra llena de castañas, con púas, papeles de estaño, cubos de madera, cactus, y monedas de cobre era respectivamente manguales, un tesoro de plata, ataúdes, palos de orden y escudos* (...).

Walter Benjamin

Después de años intentando ordenar cosas para memorizar y programar, así es ahora mi cabeza, como un cajón donde, junto a esos recuerdos que comparto con usted, habitan otras muchas imágenes y objetos que los interrogan. Y lo pienso y encuentro que no puedo delimitarme bajo una única palabra que ponga orden y cierre esa colección, que está viva y se mueve. Lo pienso y sólo podría darle un nombre plural compuesto de palabras de cosas del mundo, palabras que nombran a personas que debieran poder ser lo que ellas quieran ser. Pero no olvide que el mundo esperará de ellas que se resignen a ser lo previsible y que ese instituto sobre tecnología y futuro que quiere crear debiera avisarles de esta trampa, decirles que estén alerta. Lo pienso y el nombre que puedo darle no puede sino ser un nombre plural, hecho de nombres cuyas vidas y tiempos envidio porque están por venir y, no puede imaginar cómo me gustaría ser ellas.

Pongamos que mi nombre nombra a cada una de las personas con nombre de mujer que están naciendo ahora y que tendrían en todas las personas de la *Escuela de Estudios Posibles*, nuevas posibles referencias, que vean que pueden ser ingenieras, astronautas, jardineras o inventoras, y que siendo lo que quieran, sientan que lo posible nunca debe estar predeterminado.

*Reconocer nuestra propia invisibilidad significa encontrar por fin el camino hacia la visibilidad. Mitsuye Yamada*

Instituto Internacional de Tecnología y Futuro \_\_\_\_\_

Nazioarteko Teknologia eta Etorkizuna Institutua \_\_\_\_\_

International Institute of Technology and Future \_\_\_\_\_

Lo primero:

1. Habría que reconfigurar la placa que usted me adjunta como modelo. Sería de agradecer prescindir de metales, piedras y sistemas de inscripción física. Bastaría con un display electrónico donde aparezca ese nombre que buscamos. Me haría usted sumamente feliz.  
(...)
- 5 Para garantizar que ese nombre es del futuro sírvanse a incluir en el display que servirá como epígrafe del instituto, los nombres de todas las niñas que están naciendo en la ciudad y que son lo más parecido al futuro que hoy tenemos.



- 6 Elijo que mi nombre sea esa lista y que el homenaje sea para ellas, para lo que pueden llegar a ser. Suya entonces es la responsabilidad de que el futuro esté a la altura de lo que esperamos.

Cumplido nuestro acuerdo me despido ya. Ahí le dejo mi nombre de hoy. La lista va adjunta. Me despido pues, sintiendo que mi piel no cambia, que no se cierra sobre mí como un contorno estrenado, ni se difumina más. Será que un nombre que llega para titular no puede ya constituir ni domesticar. Será que sigo siendo yo misma. Reciba de nuevo mi más cálido agradecimiento por su interés en esta mujer (se me hace raro decirlo) con nombre.

Fdo.

**INGENIERA** Abarne -  
Abeliñe - Adele - Adoniñe - Aduna -  
Agara - Agate - Agerkunde - Agerne -  
Agreda - Agurne - Agurtzane -  
Ahuña - Aiago - Aiala - Ainara -  
Ainhoa - Ainize - Ainitze - Aintza -  
Aintzane - Aintzile - Aintziñe - Ainuesa  
- Aiora - Aiskoa - Aiskolunbe - Aitana  
- Aitziber - Aizpea - Aizeti - Akorda -  
Alaia - Alaine - Alaiñe - Alaikari -  
Alaitz - Alazne - Albane - Albiñe -  
Albizua - Aldontza - Alduara - Alduenza  
- Alize - Alodi - Alodia - Aloña -  
Altzagarate - Amaduena - Amagoia -  
Amaia - Amaiur - Amane - Amarita -  
Amatza - Amelina - Amets- Ametza -  
Amilamia - Amunia - Ana - Anadela -

Anaeaxi - Anaiansi - Anani - Anaurra  
- Anatxo - Anboto - Anbroxe -  
Andaraza - Ande - Anderazu -  
Anderexo - Anderkina - Andia -  
Andikoa - Andion - Andoilu - Andoiza  
- Andoliñe - Andone - Andrainu -  
Andregoto - Andrekina - Andremisa -  
Andrezuria - Anduiza - Anne - Angelu  
- Angosto - Ania - Anixe - Aniz -  
Anoz - Ansa - Antxone - Antziñasko -  
Anuntxi - Anuska - Añana - Añes -  
Apain - Apala - Aragundia - Araiko -  
Araitz - Arama - Arana - Aranea -  
Arantza - Arantzazu - Arañe - Araoz -  
Arratz - Araziel - Arbeiza - Arbekoa -  
Arburua - Areitio - Areria - Argi -  
Argiloain - Argiñe - Ariane - Arima -  
Ariñe - Ariturri - Aritzaga- Aritzeta -  
Ariznoa - Arkaia - Arkale - Arkija -  
Arlas - Arluzea - Armedaña -  
Armentia Armola - Arnotegi - Aroia -  
Arraitz - Arrako - Arrate - Arrazubi -  
Arrene - Arreo - Arriaka - Arrieta -  
Arrigorria - Arriluzea - Ikus Arluzea -  
Arritokieta - Arrixaka - Arroza -

Arrosali - Arrosane - Arsene - Artaza -  
Artea - Artederreta - Artiga - Artiza -  
Artizar - Artzanegi - Artzeina - Asa -  
Asentzia - Asiturri - Askoa - Astiza -  
Atallo - Atasi - Atauri - Aterbe - Atotz -  
Atsege - Atsegiñe - Atxarte- Aulli -  
Aurela - Auria - Auriola - Aurkene -  
Aurori - Aurramari - Austiñe - Austiza  
- Axpe - Ayala - Azella - Azentzia -  
Azitain - Azkune - Babesne - Bakarne  
- Bakartxo - Bake - Bakene - Balen  
- Balere - Bañano - Baraorda -  
Barazorda - Bardoiza - Barkane -  
Barria - Barrika - Basaba - Basagaitz  
- Basalgo - Basandre - Bata -  
Beatasis - Bedaio - Begoña -  
Belandá - Belaskita - Belate - Beloke  
- Beltraniza - Beltzane - BenateBengoa  
- Bengoara - Bengolarrea - Beniñe -  
Beolarra - Beraza - Berberana -  
Berbixe - Berbizkunde - Berezi -  
Bernardiñe - Berzijana - Besagaitz -  
Betiko - Betisa - Betitxo - Betoño -  
Bibiñe - Bidane - Bidatz - Bihotz -  
Bikarregi - Bikuña - Bilebañe -

Bingene - Biolarra - Bioti - Birkide -  
Bittore - Bittori - Bitxi - Bitxilore -  
Bixenta - Bizkargi - Buiñondo -  
Bureskunde - Burgondo - Burne -  
Burtzeña - Deiñe - Deio- Demiku -  
Diagur - Dioni - Distira - Doatasun -  
Dolore - Doltza- Domeka -  
Domikuza - Dominixe - Donetsi -  
Donetzine - Doniantsu - Donianzu -  
Dordoniz - Dorleta - Dota - Dulanto -  
Dulantzi - Dunixe - Ederne - Ederra -  
Edurne - Edurtzeta - Egia - Egiarte -  
Egilor - Egokiñe - Eguene - Eguzkine -  
Ehari - Eider - Eiharne - Eilba - Eilo -  
Eitzaga - Ekhiñe - Elaia - Elduara -  
Elisabete - Elisenda - Elixabete -  
Elixane - Elixi - Elizamendi - Elizmendi  
- Elkano - Elorri - Elorriaga - Elurreta -  
Eluska - Enara - Endera - Enea -  
Eneka - Enekoiza - Eneritz - Engartze -  
Erdaiñe - Erdiñe - Erdoitza - Erdotza -  
Erdoza - Erentxun - Erga - Erguiña -  
Eriete - Erika - Erisenda - Erkuden -  
Erlea - Ermin - Ermiñe - Ermisenda -  
Ermua - Ernio - Erniobe - Errafaila -

Erramona - Erramune - Erramusa -  
Errasabia - Errasti - Erregina -  
Erremulluri - Errite - Erromane -  
Errosali - Erroxé - Erroz - Errukine -  
Errupiñe - Erta - Eskarne - Eskintza -  
Eskolunbe - Esozi - Espoz - Estebeni -  
Estibalitz - Estibaliz - Estiñe - Estitxu -  
Etorne - Etxano - Etxaurren - Eulari -  
Eukene - Eunáte - Euria - Eusa -  
Eustasi - Ezkurra - Ezkioga - Ezozia -  
Eztegune - - Fani - Fede - Feleizia  
- Fermina - Finia - Florentxi -  
Frantsesa - Frantxa - Frantziska -  
Fruitutsu - Gabone - Gadea - Gainko -  
Gaizkane - Gamiza - Garaiñe - Garaitz  
- Garaiza - Garazi - Garbi - Garbikunde  
- Garbiñe - Garden - Gardotza - Gares  
- Gariñe - Garoa - Garoña - Garralda -  
Garrastazu - Gartze - Gartzene -  
Gasteiza - Gatzarieta - Gaxi - Gaxuxa -  
Gazelu - Gazeta - Gaztain - Gaztelu -  
Geaxane - Geaxi - Gentzane -  
Geraxane - Gereña - Gergoana -  
Gerizpe - Geroa - Getari - Gisela -  
Gixane - Gizakunde - Goiatz - Goikiria -

Goikoana - Goikone - Goioiza - Goiuri -  
Goiuria - Goizaldi - Goizane - Goizargi  
- Goizeder - Gometiza - Gorane -  
Goratze - Goratzi - Gorbeia - Gorostitza  
- Gorria - Gorritiz - Gorriza - Gotiza -  
Goto - Gotzone - Gozo - Graxi -  
Gudane - Gure - Gurenda - Gurtza -  
Gurutze - Gurutzeta - Gurutzi -  
Guruzne - Gutune - Haize - Haizea -  
Harbil - Harbona - Harritxu - Haurramari  
- Hautzane - Hegazti - Hegieder -  
Hegoa - Heleni - Helintzia - Helis - Hiart  
- Hilargi - Hirune - Hodeiza - Hoki -  
Hoztaizka - Hua - Hugone - - - Iasmina  
- Ibabe - Ibane - Ibarne - Ibernalo -  
Ibone - Idoia - Idoibaltzaga - Iduia -  
Idurre - Iekora - Iera - Igai - Igaratza -  
Igaro - Igoa - Igone - Igorne - Igorre -  
Igotz - Iharra - Iharte - Ihintza - Iholdi -  
Ikerne - Ikomar - Ikuska - Ilargiñe -  
Iazkiñe - Ilia - Iligardia - Iloz - Ines -  
Ingartze - Inguma - Intza - Ioar - Ipuza  
- Iradi - Iragarte - Iragartze - Iraia -  
Iraide - Iraitz - Irakusne - Irantzu - Irati  
- Iratxe - Iratze - Iraupen - Ireber -

Iriberri - Iride - Iristain - Iriñuela -  
Irkusne - Irune - Iruntze - Iruña - Iruri -  
Irutxeta - Isana - Isasi - Ismene -  
Isurieta - Itoiz - Itsasne - Itsaso -  
Iturbegi - Iturrieta - Iturrisantu - Iturriza -  
Itxaro - Itzal - Itzea - Itziar - Iurre -  
Ixone - Izaga - Izar - Izaro - Izarraitz -  
Izaskun - Izorne - Izortz --- Jabiera -  
Jaione - Jakinde - Jasone - Jauregi -  
Joana - Joaneiza - Jokiñe - Jone -  
Josebe - Josune - Joxepa - Jugatx -  
Julene - June - Jurdana - Jurre -  
Justiñe - Kaia - Kaiene - Kalare - Karia  
- Kariñe - Karitate - Karmele - Katalin -  
Katerin - Katisa - Katixa - Katrin -  
Kattarin - Kejana - Kelmene - Keltse -  
Kemen - Keperiñe - Kiles - Kispíñe -  
Kistiñe - Kitz - Kizkitza - Klodin - Kodes  
- Koikille - Koldobike - Kontxesi - Kontxi  
- Kontzeziona - Koru - Krabelin -  
Kristobala - Kupida - Kupiñe - Kutsuge  
- Kuttuñe - - Labraza - Lagran -  
Laguntzane - Laida - Laiene - Lamia -  
Lamiaran - Lamindao - Landa -  
Landerra - Larraintzar - Larraitz -

Larrañe - Larrara - Larrauri - Larraza -  
Larrosa - Lasagain - Lasarte - Latsari -  
Latxe - Laurane - Laxuri - Legaire -  
Legarda - Legarra - Legendika -  
Legundia - Leioar - Leiore - Leire -  
Lekaretxe - Leorin - Lerate - Lerden -  
Letasu - Lexuri - Leza - Lezaeta -  
Lezana - Lezeta - Libe - Lide - Lierni -  
Liger - Lili - Lilura - Lirain - Lisabe -  
Lizagain - Lohitzune - Loinar - Loinaz -  
Lonore - Lontzi - Lopeiza - Lopene -  
Lopiza - Lorda - Lore - Lorea - Loredi -  
Lorete - Loxa - Loza - Lugarda - Luixa  
- Lukene - Lukeizaz - Lupe - Lur -  
Lustaria - Lutxi - -- Maala - Maddi -  
Mahats - Maia - Maialen - Maider -  
Maier - Maiora - Maitagarri - Maitane -  
Maite - Maiteder - Maitena - Makatza -  
Maldea - Maldera - Malen - Malentxo -  
Maneiza - Manoli - Mantzia - Mañarrieta  
- Margain - Mari - Mariaka - Marider -  
Marieder - Marierramus - Marigabon -  
Marimaite - Mariño - Marisanz - Maritxu  
- Markele - Martiñe - Martioda - Martixa  
- Martxeliñe - Martzia - Matauko -

Matiena - Matxalen - Maura - Mauriñe  
- Melgar - Melitxu - Mendia - Mendieta  
- Mendigaña - Mendite - Mendoia -  
Menga - Menosa - Mentzia - Meñaka -  
Mertxe - Mezkia - Mikele - Milari - Milia  
- Mina - Miniain - Mirandola - Mirari -  
Mireia - Miren - Mirenkaia - Mirentxu -  
Mitxoleta - Molora - Monlora -  
Moronda - Munia - Muniain - Muno -  
Munondoa - Muntsaratz - Murgindueta  
- Muruzabal - Muskaria - Muskilda -  
Muskoa - Muxika -- - Nabarne - Nagore  
- Nahia - Nahikari - Naiara - Naroa -  
Nazubal - Negu - Nekane - Nekoiza -  
Nekuesa - Nere - Nerea - Neskora -  
Neskutz - Nikole - Nora - Nunile ---  
Obeka - Oianko - Oiartzar - Oibar -  
Oihana - Oihane - Oilandoi - Oinaze -  
Oitia - Oka - Okaritz - Okendo - Okon -  
Olaia - Olaiz - Olalla - Olar - Olaria -  
Olarizu - Olartia - Olatz - Olite - Ollano  
- Olleta - Oloriz - Ona - Onbera - Onditz  
- Oneka - Oneraspen - Onintza - Oña -  
Opakua - Orbaiz - Ordizia - Oreitia -  
Orella - Oria - Oriz - Oro - Oroitze -

Ororbia - Orose - Orrao - Orreaga -  
Orzuri - Osabide - Osakun - Osane -  
Osasune - Osina - Osiñe - Oskia -  
Osteriz - Otadia - Otaza - Otsana -  
Otsanda - Ostaizka - Otzaurte - Oxeli -  
Ozana --- Pakene - Pangua - Panpoxa  
- Pantxika - Pantxike (Francisca) -  
Parezi - Paskalin - Paternain - Pauli -  
Paxkalin - Pelela - Periza - Pertxenta -  
Pilare - Pizkunde - Poli - Poyo -  
Pozkari - Pozne - Prantxiska - Primia -  
Printza - Prudentzi - Pueyo - Puy - -  
Sabadin - Sabiñe - Sagarduia - Sagari -  
Sargari - Sahats - Saies - Saioa -  
Saloa - Sallurtegi - Santakitz -  
Santllaurente - Santsa - Santurde -  
Santutxo - Sarri - Saturene - Sastiana -  
Sastiza - Seiñe - Semera - Silbane -  
Soiartze - Sokorri - Sorauren -  
Sorkunde - Sorne - Sorospen -  
Soskaño - Sosokaño - Soterraña -- -  
Talesia - Tene - Terese - Tetxa - Toda  
- Toloño - Tosea - Tosta - Tostako -  
Turisu - Txandra - Txarin - Txaro -  
Txartina - Txipiri - Txopeiza - Txori - -

Uba - Ubaga - Ubarriaran - Udaberri -  
Udane - Udara - Udiarraga - Udazken -  
Udoz - Uga - Ugarte - Uguzne - Ula -  
Uli - Unaisa - Untza - Untzizu -  
Uraburu - Uralde - Urbe - Urdaiaga -  
Urdina - Urdiñe - Uriarte - Uribarri - Uriz  
- Urkia - Uronea - Urraka - Urrategi -  
Urrea - Urretxa - Urreturre - Urrexola -  
Urrialdó - Urroz - Urruñe - Ursola -  
Urtsiñe - Urtune - Urtza - Urtzumu -  
Usebi - Usmene - Usoa - Usua - Utsune  
- Uxue - Uxune - Uzuri - Xabadin -  
Xantalen - Xantiana - Xaxi - Xemein -  
Ximena - Xixili - Xoramen - Xurdana -  
Xurdina - Zabal - Zabaleta - Zaballa -  
Zaiñe - Zalóa - Zamartze - Zandua -  
Zeberiogana - Zelai - Zerío - Zerran -  
Zeru - Zikuñaga - Zilia - Ziortza - Zisa -  
Zita - Zohargi - Zohartze - Zoila -  
Zorion - Zorione - Zuberóa - Zubia -  
Zufiaurre - Zuhaitz - Zuhurne -  
Zumadoia - Zumaia - Zumalburu -  
Zuria - Zuriñe - Zutoia - Zuza - Zuzene  
- Abril - Acacia - Ada - Adabela - Adelia -  
Adela - Adelaida - Adelina - Adelina -

Adoración - Adriana - África - Afrodita -  
Ágata - Agostina - Agripina - Águeda -  
Agustina - Aída - Ainoa - Aitana - Alba -  
Albana - Albina - Alberta - Albertina -  
Alda - Aldana - Alegra - Alegría -  
Alejandra - Alejandrina - Alexia -  
Alexandra - Alfonsa - Alfonsina - Alfreda  
- Ali - Alicia - Alida - Alina - Alionora -  
Alondra - Alma - Almendra - Almudena -  
Altagracia - Altea - Amada - Amalia -  
Amancay - Amanda - Amapola - Amaya  
- Ámbar - Amelia - América - Amparo -  
Ana - Anabel - Anabella - Anaclara -  
Anahí - Anáis - Anastasia - Andrea -  
Andreína - Ángela - Ángeles - Angélica -  
Angelina - Angie - Angustias - Ania -  
Antea - Antonela - Antolina - Antonieta -  
Antonia - Antonina - Anunciación -  
Anunciata - Apia - Apolonia - Aquilina -  
Arabela - Araceli - Arantxa - Aránzazu -  
Arcadia - Argentina - Ariadna - Ariana -  
Armonía - Artemisa o Artemis - Aroa -  
Ascensión - Astrid - Asunción - Asunta -  
Atala - Atalanta - Atanasia - Atenea -  
Augusta - Áurea - Aurelia - Aureliana -

Aurora - Auxiliadora - Ayelen - Azalea –  
Azucena - Bárbara - Beata - Bea -  
Beatriz - Begonia - Begoña - Belén -  
Belinda - Bella - Benedicta - Benigna -  
Benita - Berenice - Bernarda - Berta -  
Bethsabe - Betiana - Betina - Betty -  
Bianca - Bibiana - Blanca - Bona -  
Brígida - Brisda - Brigita - Brigitte -  
Branca - Brenda - Brunilda -  
Buenaventura – Bonaventura - Cala -  
Camelia - Camila - Candela - Candelaria  
- Candida - Canela - Caridad - Carina -  
Carla - Carlota - Carmela - Carmen -  
Carmina - Carol - Carola - Carolina -  
Casandra - Casilda - Castalia - Catalina  
- Caterina - Cathy - Cayetana - Cecilia -  
Ceferina - Celeste - Celestina - Celia -  
Celina - Cinta -Chantal - Cinthia - Cintia  
- Circe - Clara - Claribel - Clarisa -  
Clarinda - Clarita - Claudia - Clelia -  
Clementina - Cleopatra - Cleo -Clío -  
Cloe - Cloris - Clotilde - Coleta -  
Concepción - Concha - Consolación -  
Constancia - Constanza - Consuelo -  
Copelia - Cora - Coral - Cordelia -

Corina - Cornelia - Cósima - Covadonga  
- Creusa - Crispína - Cristal - Cristina –  
Cristiana - Dafne - Daisy - Dalia - Dalila -  
Damaris - Dana - Dánae - Daniela -  
Daría - Débora - Dedicación - Dejanira -  
Dela - Delfina - Delia - Delma - Deméter  
- Desdémona - Denis - Desire - Devorah  
- Diadema - Diana - Dianora - Digna -  
Dina - Dionisia - Dolores - Dominga -  
Dominique - Domitila - Dona - Donatella  
- Donatila - Adnata - Dora - Doris -  
Dorotea - Dulce - Dulcinea – Dunia -  
Eco - Eda - Edda - Edelia - Edita - Edit -  
Edith - Edna - Eduina - Eburne -  
Eduvigis - Egeria - Eglé - Hielen - Eira -  
Elba - Elcira - Elda - Electra - Elena -  
Eleonora - Eleonor - Elina - Elisa -  
Elisabet - Elisenda - Eloísa - Elsa -  
Elvira - Ema - Emilia - Emiliana - Emily -  
Emma - Emmanuela - Ena -  
Encarnación - Encarna - Engracia -  
Enriqueta - Epifanía - Erica - Erika -  
Erminia - Ernestina - Escolástica -  
Esmeralda - Esperanza - Estefanía -  
Estela - Ester - Esther - Estrella - Etel -

Etelvina - Ethel - Eufemia - Eugenia -  
Eulalia - Eunice - Eurídice - Europa -  
Euterpe - Eva - Evangelina - Evel -  
Evelina - Exaltación - Fabiola - Fanny -  
Fátima - Faustina - Fe - Febe - Febronia  
- Federica - Fedora - Fedra - Felicia -  
Felicidad - Felicitas - Felipa - Felisa -  
Fermina - Fernanda - Filis - Filomena -  
Fina - Fiona - Fiorela - Flaminia - Flavia  
- Flor - Flora - Florencia - Florentina -  
Florida - Fortunata - Francesca -  
Francisca - Freya - Frida - Friné -  
Fructuosa - Fuenciscla - Fuensanta -  
Gabriela - Gala - Galatea - Galena -  
Gardenia - Gavira - Gea - Gema -  
Gemma - Genciana - Generosa -  
Genoveva - Georgia - Georgina -  
Geraldina - Geraldine - Gerda -  
Germana - Gertrudis - Gianira - Gianna -  
Giannina - Gilda - Gimena - Gina -  
Ginebra - Ginette - Gioconda - Giselda -  
Giuliana - Giunia - Gladis - Glenda -  
Glicera - Gloria - Godiva - Godoleva -  
Grace - Gracia - Graciela - Graciosa -  
Grecia - Gregoria - Greta - Gretel -

Grisel - Griselda - Guadalupe - Gudelia -  
Gudula - Guendolina - Guía -  
Guillermina - Hada - Harmonía - Haydé -  
Haydeé - Hebe - Hécuba - Heidi - Helda  
- Helen - Helena - Heleia - Helga -  
Heliana - Heliena - Hera - Herminia -  
Hermione - Hilaria - Hilda - Hildegarda -  
Hildegunda - Hipodamia - Hipólita  
Hombelina - Honorata - Honorina -  
Hortensia - Hosana - Ianina -Iara - Iciar  
- Ida - Idalia - Idoia -Idota - Ifigenia -  
Iluminada - Imelda - Imperia - Indiana -  
Indira - Indra - Inés - Ingrid - Inma -  
Inmaculada - Ioana - Iole - Iracema -  
Irene - Irina - Iris - Irma - Irmina - Isabel -  
Isabela - Isaura - Isidoro - Isis - Isolda -  
Isolina - Iva - Ivana - Ivon - Ivonne -  
Izaskum - Jabel - Jacinta - Jacqueline -  
Jacoba - Jade - Jael - Jamila - Jana -  
Jaquelina - Jazmín - Jeannette -  
Jennifer - Jenny - Jessica - Jesusa -  
Jezabel - Jimena - Joan - Joana -  
Johanna - Jordana - Jorgelina - Josefa -  
Josefina - Jovita - Juana - Judith - Judit -  
Julia - Juliana - Julieta - Junquera -

Justa - Justina – Jutta - Kali - Karen -  
Karena - Karenina - Karin - Karina -  
Katherina - Katia - Katixa - Kay - Keila -  
Keith - Kendra - Kinisburga - Kiona -  
Kira – Kirian - Laia - Laila - Lala -  
Laodamia - Lara - Larisa - Latona -  
Laura - Laureana - Lavinia - Lea - Leal -  
Leandra - Leda - Leif - Leila - Lelia -  
Lena - Leocadia - Leocricia - Leonarda -  
Leoncia - Leonela - Leónida - Leonidas -  
Leonila - Leonilda - Leonor - Leonora -  
Lesbia - Leslie - Leticia - Leucofrina - Lía  
- Liana - Libera - Liberata - Libertad -  
Libia - Licia - Lidia - Liuvina - Ligia - Lila  
- Lili - Lilia - Lilian - Liliana - Lilit - Lina -  
Linda - Lioba - Lionela - Lis - Lisa - Liu -  
Liuba - Livia - Liza - Lola - Lora - Loreley  
- Lorena - Lorenza - Loreta - Lorna -  
Lourdes - Luana - Lucia - Luciana -  
Lucila - Lucina - Lucrecia - Lucy -  
Ludmila - Ludovica - Luisa - Luisina -  
Lujan - Luminosa - Luna - Lupe - Lutecia  
- Lutgarda - Luz - Lydia – Lyla - Mabel -  
Macarena - Macha - Macrina -  
Madelaine - Madonna - Madrona -

Mafalda - Magali - Magda - Magdalena -  
Magia - Magnolia - Maia - Maica - Maira  
- Maitane - Maite - Malena - Malka -  
Malva - Malvina - Mamés - Mandisa -  
Manuela - Mar - Mara - Marcela -  
Marcelina - Marcia - Marciana - Marfisa -  
Margarita - Margaux - Margot - Maria -  
Marián - Mariana - Marianela - Maribel -  
Marie - Mariel - Marilina - Marilu -  
Marilyn - Marina - Marion - Marisa -  
Marisol - Marita - Marlene - Marta -  
Martina - Matilda - Matilde - Maura -  
Máxima - Maya - Mayra - Mayte - Medea  
- Melania - Melba - Melibea - Melinda -  
Melisa - Melisenda - Melitina - Melody -  
Mercedes - Meredith - Meritxell - Meryl -  
Mesalina - Mía - Micaela - Michelle -  
Mila - Milagros - Milagrosa - Mildred -  
Milena - Mimi - Minerva - Miranda -  
Mireya - Miriam - Mirinda - Mirra - Mirta -  
Miryan - Misericordia - Moira - Mona -  
Mónica - Montserrat - Morgana - Muriel  
- Myrian - Nadia - Nancy - Naomi - Nara  
- Narcisa - Narilla - Nasya - Natacha -  
Natali - Natalia - Natalie - Natan -

Natasha - Natividad - Nausica -  
Nazarena - Neera - Nefele - Nélide -  
Nelly - Nerea - Nerina - Nicolaza -  
Nicolasa - Nicole - Nidia - Nieves - Nilda  
- Nina - Ninfa - Nini - Niobe - Nissa -  
Noelia - Noemí - Nora - Norberta -  
Noreia - Norma - Novella - Nunila - Nuria  
- Nuriel - Nydia - Obdulia - Octavia -  
Oda - Odelia - Odette - Odila - Odilia -  
Ofelia - Oita - Olaya - Olga - Olimpia -  
Olinda - Oliva - Olivia - Olimpia - Ona -  
Ondina - Onfalia - Onia - Ophelia -  
Oración - Oralia - Orellana - Orfilia - Oria  
- Oriana - Orquídea - Ornella - Orosia -  
Oseas - Osiris - Osita - Otilia - Ozana -  
Palma - Palmira - Paloma - Pamela -  
Pampa - Pandora - Paola - Pascuala -  
Pastora - Patricia - Patty - Paula -  
Paulina - Paz - Pelagia - Peleas -  
Penélope - Peregrina - Perla - Perpetua  
- Persefone - Petra - Petrona - Petronila  
- Petunia - Pía - Piedad - Piera - Pilar -  
Polixena - Pomona - Práxedes -  
Preciosa - Presentación - Primavera -  
Primitiva - Prímula - Prisca - Priscila -

Prudencia - Pulquería - Pura -  
Purificación - Pusina - Querina -  
Querubina - Queta - Quirina - Quiteria -  
Rafaela - Ramona - Raquel - Rea -  
Rebeca - Regina - Reina - Remedios -  
Renata - René - Restituta -  
Resurrección - Rita - Roberta - Rocío -  
Romana - Romilda - Romina - Roquelina  
- Rosa - Rosalba - Rosalía - Rosalinda -  
Rosamunda - Rosana - Rosario -  
Rosaura - Roselina - Roseta - Rosina -  
Rosmary - Roxana - Roxanne - Roxy -  
Rudy - Rufina - Rut - Ruth - Sabel -  
Sabina - Sabrina - Sally - Salomé -  
Salud - Salvadora - Salvia - Salvina -  
Samanta - Sandra - Sandy - Santina -  
Sara - Sarai - Segunda - Selena - Selma  
- Serafina - Serena - Severa - Severina -  
Shakira - Sharon - Sheila - Shirley -  
Sibila - Sidney - Sigrid - Silvana - Silvia -  
Simona - Socorro - Sofía - Solana -  
Solanges - Soledad - Sonia - Soraya -  
Sonsoles - Stefanía - Stella - Susana -  
Tabita - Taif - Takara - Talía - Tamar -  
Tamara - Tania - Tara - Tanya - Tarsila -

Tatiana - Tecla - Telga - Telma -  
Teodora - Teodosia - Teofanía - Teresa  
- Teresita - Tessa - Tetis - Talía - Thais -  
Tiara - Tiffany - Tina - Titania - Tomasa -  
Trinidad - Tula – Tura - Uliana - Ulla –  
Úrsula - Valentina - Valeria - Vallivana -  
Valvanera - Vanesa - Vedia - Velania -  
Velia - Ventura - Venus - Vera -  
Verónica - Vicenta - Victoria - Vilma -  
Vintila - Viola - Violante - Violeta -  
Virginia - Viridiana - Visitación – Viviana  
- Wanda - Wendy - Xenia - Ximena -  
Yanet - Yanina - Yasmina - Yasmin -  
Yerma - Yocasta - Yoco - Yolanda -  
Yvonne - Zaira - Zara - Zenobia - Zita -  
Zoe - Zoraida – Zuleica...